Una pista en el exilio

Luis Manuel Pimentel

Puebla
Contigo y con rumbo
Gobierno Municipal

IMACP
Instituto Municipal de Arte
y Cultura de Puebla

Una pista en el exilio

Luis Manuel Pimentel

D.R. 2022 Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla
Avenida Reforma 1519, Barrio de San Sebastián
C.P. 72090, Puebla, México

Primera edición: 2022

ISBN: 978-607-8123-88-9

Diseño editorial: Edgar Mendoza Dorantes

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Hecho en México

Canasta de Escritoras y Escritores Poblanos

DIRECTORIO

H. Ayuntamiento de Puebla
Eduardo Rivera Pérez
Presidente Municipal Constitucional

Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla
Fabián Valdivia Pérez
Director General

Subdirección de Desarrollo Artístico, Cultural y Patrimonial IMACP
Mauricio Pardo Ruiz

Coordinación de Fomento a la Lectura y Editorial IMACP
Diego Rodríguez Moreno

A principios de julio, el *Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla* promovió la convocatoria *Canasta de Escritoras y Escritores Poblanos*, con la finalidad de abrir la puerta a todos esos autores y autoras que se encontraban en la constante búsqueda de algún canal para publicar sus escritos.

La participación fue bastante amplia y la propuesta que se presentó fue extraordinaria. No era para menos, pues la riqueza literaria de nuestro municipio es legendaria y con esa variedad de temáticas, fomentar el hábito de la lectura en nuestra sociedad se convierte en una de las misiones más nobles e interesantes, debido al enorme talento local que brindará nuevas perspectivas entre la juventud de nuestra ciudad.

La presente publicación da muestra de esa calidad literaria que habita nuestras calles, misma que no sólo difunde la memoria histórica, sino que también aborda cada rincón de nuestra ciudad a través de obras cuya fuerza radica en la sencillez de las palabras, mismas que logran aproximar al lector a cada recoveco de Puebla.

Me llena de orgullo presentar esta colección y estoy seguro de que cada página será un verdadero deleite para el lector que tenga el lujo de contar con esta publicación en sus manos. No me queda más que ofrecerte esta *Canasta de Escritoras y Escritores Poblanos*, esperando que puedas disfrutar de esta serie de obras cuya fuerza estética pone en alto el Arte y la Cultura de nuestra sociedad.

Eduardo Rivera Pérez
Presidente Municipal de Puebla
2021-2024

Luis Manuel Pimentel Villalobos, 01 de abril de 1979

Magister en Literatura Iberoamericana (2012) y Licenciado en Letras (2004) por la Universidad de Los Andes, Venezuela. Inscrito en el Doctorado de Estudios Literarios por la Universidad A Coruña (España). Investigador de la Red Internacional LAGHCIB, Laboratorio Historia Global y Ciberespacio. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires – CONICET (2021). Seleccionado para cursar el taller de crónicas y periodismos literario, por el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, Caracas (2013). Seleccionado para cursar el Taller de Novela Avanzada (2018) de la Secretaría de Cultura del Estado de Puebla. Ganador de la I Bienal Nacional de Literatura Rafael Zárraga en Venezuela (2011), con su libro *Esquina de la mesa Hechizada* (2015, IPASME). Como narrador ha publicado los libros: *Triángulos alterados* (2015). *Ventanas panorámicas* (2020), *La Torre Pájaros* (2021). Así como cuentos dispersos en portales literarios. En poesía ha publicado los libros *Figuras Cromañonas* (2007), *Canción de cuna para Ananda* (2018), *Estuvieron cerca los almendrones/mientras creímos haber amado* (2020). Su obra aparece en más de 14 antologías poéticas en Venezuela, Colombia, Estado Unidos, México. Entre ellas: *Poesía en emergencia* (2020), *Nos siguen pegando abajo* (2020), *Antología poética, diversidad cultural* (2020), Antólogo de *I y II Antología de Poesía Internacional Sabersinfin* (2020, 2021), *Revista Poesía 153* (2011). Colaborador en diversas revista internacionales de poesía. Escritor de la columna *Paso de Fauno* y Coordinador de la página literaria "*Ojos que tocan*", *Diario Pico Bolívar* (durante 3 años). Cuentos sueltos aparecidos en: *Serie narrativa actual venezolana*. En: elpoetadelos5.blogspot.com. Cuentos: *Colmillos de perro* y *Sólo vinieron a olerla*. Revista *Principia*

N° 32. *Barquisimeto, Estado Lara*. Cuento: *Lysistrata en Irak.* En elnuevocojo.com. Cuento: *Los besos se reeditan*. Cuento: *Guayoyo*. En elnuevocojo.com. Cuento: *El soldado que lloraba piedras*. Publicado en Revista *Departamento de Literatura Hispanoamericana y venezolana*, ULA. Ha participado en más de 10 encuentros internacionales de poetas, así como ponente internacional en congresos de Colombia, México, Argentina, Venezuela. Actualmente es Editor en Jefe del portal elsignoinvisible.com, Curador Master de ablucionistas.com. Coordinador editorial de la Revista *Filigrama* de sabersinfin.com. Colabora en varios proyectos culturales sobre literatura en México. Radica en la ciudad de Puebla, México.

ÍNDICE

Vuelta 1 20

Vuelta 2 24

Vuelta 3 28

Vuelta 4 30

Vuelta 5 32

Vuelta 6 38

Vuelta 7 42

Vuelta 8 48

Vuelta 9 57

Vuelta 11 67

Vuelta 12 73

Vuelta 13 76

Vuelta 14 79

Vuelta 15 82

Vuelta 16 86

Vuelta 17 89

Vuelta 18 91

Vuelta 19 96

Vuelta 20 101

Vuelta 21 105

Vuelta 22 112

A Víctor Alonso Laya Villalobos, mi primo

Estoy convencido de que esta aventura tremenda y terrible que es la vida sólo podemos transitarla con un pensamiento constructivo y positivo. De lo contrario no merece la pena.

Pedro Juan Gutiérrez

Caminamos en la noche por uno de los parques del centro de Puebla. Nos acercamos a un muchacho que se movía lento, parecía una cerbatana mientras arreglaba unas mangueras. Le preguntamos cuáles eran los requisitos para entrar, el muchacho, que tenía los ojos como si hubiera fumado mariguana, dijo en su tono cantadito, que la pista se abría al día siguiente a partir de las diez y era gratuita. Mi hija Lucero de seis años, mi esposa Dayana de treinta y tres, y yo de treinta y nueve, de una vez cuadramos pasar a esa hora. Le dimos las gracias como si fuéramos amigos de siempre y quedamos en que nos veíamos ese día siguiente.

Amaneció. El gato rondaba por la cocina. Los pájaros no se oían. Hacía un frío del demonio. Eran las ocho y media, seguían dormidas. Me preparé un café. Respiré profundo y capturé un aire que venía de otro océano. Era el veintitrés de diciembre. Al despertar Lucero fue hasta mí a preguntarme la hora. Le dije que eran las nueve. Fue enfática en si íbamos a la pista. Le hice saber que cuando su mamá se levantara. Así que no dudó en irle a moverle las cobijas. Dayana le respondió que primero teníamos que comer, antes no.

Lucero no dejaba de hablar de la pista de patinaje, era la cosa más grande que podía experimentar a sus seis años. Se identificaba con una serie de televisión que veía por cable, daba vueltas sobre su propio eje, estiraba los brazos y cantaba las canciones de la serie moviéndose con un micrófono invisible que sostenía con la mano derecha. Dayana también lucía alegre. La última vez que la vi así, con esos ojos como si estuviera descubriendo el continente por segunda vez, fue en un viaje que hicimos al Parque Nacional Mochima, en las playas de Venezuela.

Comimos. Salimos de la casa con prisa. Llegamos al Parque del Carmen y el brillo de la pista de patinaje

rebotaba en nuestros ojos y nuestros ojos en ella. Era un acto de iniciación. Los tres sabíamos patinar, pero a la niña le faltaba aún experiencia. Para poder subirnos a aquel pedazo de hielo, que se mostraba como una gran boca abierta, hicimos una fila de unas veinticinco personas que avanzaba cada treinta minutos, tiempo que duraba cada grupo dando vueltas. Lucero me preguntó si me iba a subir, le dije que no, que prefería quedarme mirándolas desde afuera para tomarles fotografías. Sin embargo, pasé con ellas adentro de una carpa que hacía las veces de sala de espera. Las ayudé a colocarse los patines. Sentía a ratos una ráfaga de brisa congelada que se colaba por la puertica por donde las personas entraban y salían.

Un muchacho joven de barba pronunciada, que dijo llamarse Raúl, dio unas instrucciones generales sobre el uso. A Dayana la vi atenta a las explicaciones, con el cuello erguido y la columna derecha como si en esa posición no se le escapara un detalle. Al terminar aquella corta indicación Raúl abrió la puertica y ayudó a subir a los visitantes. A muchos los vi sudar frío, se les notaba que jamás se habían deslizado sobre algo semejante. En cambio, Dayana, al subirse, parecía como si entrara a una competencia de patinaje artístico. Primero fue una vuelta a velocidad moderada, al llegar cerca de Lucero dio un frenazo que levantó escarcha. Lucero iba agarradita de la baranda, dando pasos cortos y temerosos, no dejó de quitarle los ojos de encima a su mamá, supuse que veía en ella la protagonista ya grande de la serie que seguía por cable. Dayana agarró a la niña por los brazos y le fue indicando cómo tenía que hacer. Se notaba tanto aquella actitud natural de profesora de patinaje, que los mismos chicos que trabajaban en la pista se le acercaron con ganas de conocerla.

Las veía deslizarse con esa luz del mediodía como en un tiempo sagrado. Tomaba las fotografías posibles, no quería perder ni un instante de cada movimiento para contarle a mi familia las nuevas acrobacias que hacíamos durante las navidades. Y como las cosas buenas pasan rápido, sentimos cortos esos treinta minutos. Lucero salió llorando porque quería más. Dayana quería más y yo, desde afuera, también quería más. Lucero se dirigió a una patinadora, pero ella con un gesto de dolor, le indicó que no podía hacer nada. Cuando Dayana atravesaba la puertica para bajar a las bancas y quitarse los patines, le preguntó a la patinadora si estaban buscando gente para trabajar. Ella le dijo que sí y acordaron de inmediato hablar con el dueño de la pista que, por casualidad, estaba allí. Dayana se quitó rápido los patines y se fue con Verónica, la patinadora joven, alta, de cabello castaño, ojos claros, con una fina y delicada manera de hablar. Mientras tanto, yo asistía a Lucero, la calmaba y trataba de enseñarle que todos tenemos nuestros turnos en la vida.

El dueño de la pista, quien desde hacía días andaba buscando a otra patinadora, no lo pensó dos veces. Tuvieron una corta reunión por los alrededores de la carpa. Se conocieron e identificaron, sobre todo, porque su esposa también nació en Venezuela, y en ese momento la nacionalidad recobra una importancia más allá del exilio. Se pusieron de acuerdo y al otro día, el veinticuatro de diciembre, empezó a trabajar desde las diez de la mañana hasta las diez de la noche, con una hora treinta para almorzar. Dayana salió alegre porque sabía que iba a ganar un dinero extra que no estaba en los planes. Eso nos servía para estirar los dólares con los que días antes había llegado a México. Y de Lucero, ni se diga, ahora nadie la iba a sacar de la pista.

Al otro día, hacía más frío. A las nueve y treinta Dayana se puso una ropa cómoda y abrigada para salir a su trabajo. La pista quedaba a tres cuadras de la casa y eso generaba entre nosotros una ley de la proximidad, que era como si la pista estuviera en la casa o nosotros todo el día sobre la pista. A Lucero no le cabía en su cuerpecito la emoción. Nos pusimos de acuerdo para ir a las cuatro de la tarde. Antes nos tocaba repasar las lecturas que quedaron pendientes para las vacaciones. Cuando se fue Dayana, la despedimos como si saliera a patinar al *Central Park*, aunque este era simplemente un espacio que el gobernador de Puebla había habilitado para ventas de comida, bebidas, ropa, celulares, tarimas para presentar espectáculos, luces intermitentes; una navidad popular en la que una que otra oveja descarriada también tenía el derecho de pasear con su familia.

Llegamos a las cuatro en punto. Le pregunté con toda la intención a las muchachas que hacían el registro si Dayana andaba por allí. Quería dejar por sentado que Lucero era su hija y que para las visitas sucesivas solo quedaba saludarlas y entrar sin hacer la fila. Cuando se vieron, se abrazaron como si no hubieran compartido en treinta días. Las acompañé adentro de la carpa. Cuando pedí los patines para Lucero, el muchacho encargado me preguntó si quería unos para mí, le dije que no, que solo para la niña. Dayana al darse cuenta de que me había negado a recibir los patines, me hizo una cara de desaprobación.

Por dentro del pecho sentía una gran nostalgia. Solo quería conectarme a Internet a ver si lograba saber algo de mis padres. Desde que llegué, apenas pude avisar que estaba bien. Volví a la casa, me preparé un café, me conecté a ver si alguno de mis hermanos andaba por ahí, pero nada. Revisando los detalles de la casa me puse a pensar

que, entre nosotros, hacía falta mi hijastro. Él fue a pasar las navidades con su papá a la Ciudad de México. Quería verlo, debía estar en la típica edad del niño mutante. No lo veía desde hace más de un año, cuando se vino. Él, sin saberlo, había sido el motor de nuestro cambio de rumbo. Pensado en él me quedé dormido.

A las ocho de la noche fui a buscarlas. Llegué sin hacer escándalo. Veía con mucha atención como Dayana se desplazaba, me daba la sensación de que era un barco sobre un mar relajado, dejando una marca invisible con un desliz rápido y a veces lento. Descifraba el magnetismo que generaba el cortante hierro adherido a sus pies, con la sutileza de un agua que luego de congelada se volvía tosca. Entonces me di cuenta de que el que patina vive con la ilusión de llegar hasta un punto, al que nunca llega. Hora y media después terminó la faena.

Salimos juntos. Era Nochebuena. A mí me quedaban unas pocas monedas de un cambio de dólares que hice en el terminal de Puebla cuando llegué. Seguimos por la avenida 16 de septiembre, una calle principal del centro. Entramos a una tienda de helados y, pese al frío, compramos uno grande para los tres. Charlamos entretenidos y con cierta nostalgia en la conversación. Dayana recordó las acrobacias que hacía con mi hijastro cuando patinábamos por las calles de Barquisimeto. Mi hijastro estuvo yendo al patinódromo cuando tenía seis años y en ese tiempo de recién enamorados, fui a verlo unas unas cinco veces. Llegamos a la casa. La Nochebuena la pasamos dormidos, con la familia tan lejos, me daba un vacío que era mejor evadir.

Al otro día, Dayana se llevó a Lucero desde que abrieron la pista con la intención de estar la jornada completa, pero no aguantó, además de que había mucha

gente. En el tiempo del almuerzo llegó molesta diciendo que no podía trabajar así, que debíamos encontrar un horario porque había mucha gente, no lograba concentrarse entre atender al público y también a Lucero. Comió apurada y se fue.

Lucero me comentó que la pista se había estado descongelando y no pudo patinar bien, además, que su ropa la tenía mojada. Le sugerí que se cambiara. Mientras buscaba en el armario me imaginé la pista acuosa, con el sol del mediodía pegándole como un martillo de luz caliente. Con esas pequeñas lagunas que se vuelven fastidiosas y que frenan. Le preparé unos sánduches y al terminarlos, me soltó como si fuera un balazo a quema ropa, "*¿cuándo vas a patinar tú?*".

El solo hecho de pensar que ya pronto lo haría me entró como un frío glacial por la médula espinal. Le conté de las veces que lo había hecho en la pista que una vez hubo en Barquisimeto. Entonces, se me cruzaron los tiempos como los hielos cuando uno los mueve flotando en un vaso de ron. Invité a Lucero a que nos recostáramos un rato, que le iba a contar unas historias de mi infancia.

Ya eran las cuatro y treinta de la tarde. Salimos. La calle reflejaba la luz gris de los inviernos. La gente taciturna iba y venía con bolsas de compras en las manos. Puebla se me revelaba como un espacio próspero ante la barbarie que había dejado en Barquisimeto. Todo se veía limpio, como la risa de una muchacha que pasó cerca de mí, alumbrando una arquitectura neoclásica, que poco a poco fueron borrando con edificios modernos.

Atravesar el Parque del Carmen era ver a un grupo de gente amontonada que simulaba un hormiguero en ese gran punto blanco. Detallé el árbol de Navidad que estaba justo en medio de la pista, de unos ocho metros de alto.

Busqué visualmente a Dayana en medio de tanta gente. La reconocí porque el uniforme era una playera y gorra de un color verde chillón. Pasó un helicóptero sobre nosotros. Dayana al mirarnos sonrió y nos hizo el clásico ademán de que pasáramos.

Llegamos a la entrada de la carpa. Le hablé a la chica del registro. Nos reconoció y sin hacer la fila, que ya le daba vuelta entera al parque, nos metimos. Cuando apenas dimos un par de pasos llegó el coordinador general y ahí mismo apareció Dayana. Me lo presentó muy entusiasmada. Me preguntó si venía a patinar, esta vez dije que sí. Lo felicité por el trabajo que hacía. Él agarró por los cachetes a Lucero y le prometió que le iba a regalar para los Reyes Magos un huevo de chocolate. Se despidió diciendo que nos veíamos en la pista. Esta vez el encargado de repartir los patines le dio un par a Lucero y otros a mí. El corazón me latía aprisa. La alfombra estaba mojada. A Dayana la notaba fresca. A Lucero la veía madura como proyectada en una mujer. Los muchachos patinadores que trabajan con ella llegaron a saludarme. La gente salía de la pista, algunos cansados, otros alegres, otros frustrados.

Mientras ayudaba a Lucero a ponerse los patines, recordé las lecciones de amarrado de cordones que me había enseñado mi cuñado cuando patinamos sobre hielo en aquel centro comercial de Barquisimeto. Las manos me sudaban, me dio escalofrío, la luz blanca me llamaba. Lucero se metió primero. Yo revisaba de nuevo mis cordones mientras reafirmaba los patines contra el piso. Era como estar y no estar en ese lugar de México, como si fuera un espejismo que me confundía el presente, el pasado y el futuro. De pronto, cuando Lucero ya había dado una vuelta, pasó por la puertica azul y me dijo que me metiera. Le respondí que esperaba que dieran la orden.

"*Entonces sigo yo*", me respondió, con ese tonito venezolano que todavía la lingüística mexicana no había invadido del todo.

Llegó Raúl a dar las instrucciones. Sentí ese nerviosismo como cuando uno va a empezar un juego de básquet y eres de los elegidos para comenzar. Raúl tenía de su lado derecho a Verónica, del lado izquierdo a Dayana y a Lucero. Ellos pisando el hielo, yo aún en tierra firme.

> *"Buenas tardes. Sean todos bienvenidos a la pista de patinaje. Espero que la disfruten y por favor no se empujen, abróchese bien las agujetas desde abajo hasta arriba, no pasen con bolsos, mochilas, celulares, agarren a sus niños de las manos, el que tenga los patines flojos no entra, no deben tomar fotos en la pista y mantengan el orden. Nosotros estamos para guiarlos, pero no para darles vueltas. Por favor vaya saliendo uno por uno y los que no saben, se agarran de la baranda a su mano derecha. Adelante".*

Lucero y Dayana me miran desde lejos. Les lanzo un beso. Como tengo tanto tiempo sin patinar es mejor que sea precavido, por eso voy agarrado de la baranda. Tengo gente delante y detrás, muchas de ellas tienen miedo. Me suelto un poco. El roce de la hojilla con el hielo me activa algo en el cerebro. Es como si de pronto me poseyeran ráfagas de *flashbacks*. Veo a estos hombres, mujeres y niños que entraron conmigo caer al piso. La gravedad los tumba. Las piernas les tiemblan.

Sinaí, de veinticinco años, era una activista radical de la oposición. Le había tocado ver cómo sus amigos se habían ido de Venezuela, a buscar un lugar donde pudieran conseguir una mejor calidad de vida. Ella decidió quedarse porque su destino era luchar contra el régimen. No soltaba por un instante el deseo de que el país diera un giro social de ciento ochenta grados. Había nacido poco antes de que el Comandante Supremo llegara al poder, y casi toda su vida, había transcurrido en lo que había propuesto el extinto presidente.

Sinaí sabía que su destino estaba marcado para el cambio, quería que la gente sintiera la misma pasión que ella. No le importaba si se convertía en una de las víctimas de los grupos armados, de los paramilitares o de la inteligencia secreta que llegó de Cuba a defender la revolución. No le importaba que su pellejo quedara pegado en el asfalto como había pasado con varios conocidos. Ella iba con todo, veía al oficialismo como gente de pocos principios.

En las marchas, cada paso que daba era como disparar

con metralleta a la abstracción de la libertad, no podía seguir sin un insulto, sin una rabia que se multiplicaba en cada uno de los opositores, quienes cada vez eran más. Muchos de ellos conversos con ganas de volver a refundar una nación en ruinas. Cuando escuchaba los disparos se refugiaba tras los árboles, se tiraba al piso. La adrenalina le permitía ayudar, ser guía de la gente que salía despavorida tras las detonaciones.

Tres años antes hubo un intento fallido de tumbar al Gobierno, pero esta vez, estaba decidida a seguir a sus nuevos líderes. A ella no le importaba que después de derrocarlos hubiera más corrupción, solo soñaba con salir de ese Gobierno que no la dejaba dormir.

Sinaí les enviaba mensajes por las redes sociales a sus amigos que vivían en el exterior. Los mantenía informados de los pormenores que sucedían a diario. Entre ellos habían orquestado una red internacional donde les llegaban mensajes a las ONG, instituciones educativas, fundaciones y organizaciones que luchaban por la paz y la democracia. Entre ellos, traducían a diferentes idiomas los mensajes y llegaban a otras partes del mundo a las que el oficialismo jamás les llegaría. Los amigos de Sinaí eran profesionales que ahora trabajaban en empresas transnacionales, laboratorios farmacológicos, comercio internacional, editoriales prestigiosas, promotoras culturales, grandes industrias, otros, con sus emprendimientos propios.

Ella organizaba las protestas con el dinero que le daban algunos partidos políticos y otras remesas que le enviaban del exterior. Así pudieron comprar cohetes, morteros, material explosivo, algunas municiones para pistolas por si las batallas se ponían más rudas. Luis, Marcos y César, se encargaban de amontonar la mayor cantidad de piedras cerca de donde iban a trancar la calle.

Miguel, Lorenzo, Fernando, Samuel y Julio, buscaban trozos de árboles, pedazos de latones, hierros y enrejados de alcantarillas que les servirían para hacer grandes escudos y barricadas. Las otras armas, algunas caseras, otras pistolas automáticas y bombas molotov las tenían en la casa de Guillermo y Mariana.

"¡*Libertad*, *libertad*, *libertad*!" gritaban al unísono mientras se enfrentaban a la Guardia. "¡J*usticia, justicia, justicia*!" eran otras de las palabras que se tornaban como si fueran un mantra. Los muchachos gritaban y corrían de un lado al otro de la avenida. Provocaban a la Guardia y a la policía. La gente que vivía cerca los ayudaba tocando las cacerolas y gritando frases desde los apartamentos y casas, pidiendo la renuncia del presidente. Las llamaradas subían, el humo de la basura y de los cauchos quemados se apoderaba de la zona. El caos reinaba entre el bullicio y los frenazos de los carros cuando se percataban de que a pocos metros había una barricada y se estrellaban de frente. Aquel desastre empezaba a tener otro matiz, el sentido de la lucha que Sinaí y su grupo se imaginaban como método para salir del Gobierno.

Hubo un momento en que el combate se puso tenso porque la Guardia avanzó ganándoles terreno, a tal punto, que los tenían rodeados. Pero los muchachos, como pudieron, salieron corriendo, se escabulleron por las veredas y las calles contiguas saltando por los techos de las casas, y cuando se desperdigaron Sinaí se fijó que estaba perdiendo la batalla. Entonces se armó de valor, les gritaba con todo el poder de su alma, que quería borrarlos del país.

La candela bajaba de intensidad. Los vecinos empezaron a preocuparse por los muchachos que no se veían. La gente les gritaba a los de la Guardia desde las ventanas que se fueran. Ese día no hubo detenidos, ni

heridos. El plan como lo había orquestado Sinaí se dio, a pesar de que no pudieron salir con la victoria.

En la noche, las calles quedaron en silencio. Sinaí no pudo dormir bien. La idea de despertar con el mismo régimen le daba ganas de vomitar. Hasta la fecha ya iban cincuenta y nueve muertos. Le daba rabia cuando el presidente se reía de la situación, o cuando sus edecanes salían por la televisión diciendo que la revolución no se iba costara lo que costara.

Una mano delgada me toca la espalda y dice con un tono suave: "*Suéltate, te ves tenso*". "*Voy agarrando confianza, no tengo prisa*". Dayana me deja solo, ahora recoge a un muchacho de unos veintisiete años que cayó de golpe seco.

Siento con más eficacia el roce. Para darme valor me llega la frase que tanto le escuché a mi difunto tío: "*lo que se aprende bien no se olvida*". Lucero viene con pasos cortos. Me alcanza: "*¿viste que es divertido?*" Me da la mano y casi pierdo el equilibrio. "*Tranquila mi niña, es cuestión de unas vueltas y ya*".

No entiendo que es lo que quiere esa gente de la oposición. Las guarimbas cada vez están más violentas y están regadas por todo el país. Odio con toda mi alma a los opositores. Ellos quieren vernos muertos, ¿no te has fijado como llaman al combate y después dicen que es la Guardia que los están matando? Muchos de los que salen a luchar están prepagados, les dan plata, licor, drogas, para que tengan ardiendo a la ciudad tarde y noche. De verdad que no los entiendo. Lo único que sé es que tienen un plan orquestado desde el Imperio, ellos se lo financian.

La mayoría de los opositores creen que lo que te estoy diciendo es mentira. Los de las marchas son los nuevos mercenarios, eso que no se te olvide. En cambio, nosotros, luchamos por el ideal revolucionario, que promueve la paz, el amor, la justicia social, la igualdad. A ellos un día les llegara su fin. Si siguen como van, tendremos que salir a la calle y caernos a plomo limpio, no me importa quien caiga. La gente del barrio está harta de los saboteos. Esos pendejos quieren decirle a uno qué es lo que tenemos que hacer con el país y están equivocados.

No entiendo por qué tuvimos que pasar a este nivel de muertos. Tampoco estoy de acuerdo con que nadie muera, pero sé que los matan los paramilitares infiltrados,

la misma oposición los trajo. Les pagan para que disparen, te has dado cuenta ¿por qué matan a puros muchachos? Ellos saben que nos duelen más. También sé, y eso me pone mal, que el alto mando militar manda a los guardias más novatos para las marchas, muchos de ellos nunca han agarrado un fusil y no saben controlar las revueltas, entonces se asustan, se sienten amenazados y cuando los mercenarios se les acercan, disparan sin pensarlo. Hasta el momento el mismo Gobierno ha metido preso a noventa guardias y todavía, si seguimos así, caerán más.

No quiero más matazón. Esa gente que lucha contra el Gobierno, tiene mucho dinero. Deberían irse de Venezuela y fundar una asociación de refugiados en Miami o donde les dé la gana. Que le vayan a chupar medias a la gente en Estados Unidos, que de paso, bastante mal están tratando a los migrantes. Sí, que se vayan todos juntos agarraditos de las manos y nos dejen a nosotros con las playas, las montañas, los ríos, el clima, el petróleo que es del pueblo, porque aquí, Damián, todo es del pueblo. Que no me vengan a joder con que son ellos los únicos que saben cómo solucionar los problemas. Bastantes bolas le hemos echado los revolucionarios para tener el poder desde hace más de veinte años.

Si te fijas casi todos los muertos han sido con impactos de balas, o con objetos contundentes, con bombas lacrimógenas. Ellos dieron la orden de disparar a los francotiradores que pusieron en las azoteas de sus mismos edificios, eso está comprobado por la policía de Inteligencia. La oposición misma está matándonos para generar caos. Ellos saben cómo activar las armas en los momentos precisos. ¿Quién de la oposición ha salido a decir que cese la violencia?, ninguno, ahí es donde yo te digo que con el pretexto de adelantar las elecciones presidenciales

se están cagando en el país. Debemos buscar la forma de protegernos entre nosotros y las instituciones, porque esa gente va a empezar una cacería de brujas si llega agarrar el poder, tú sabes quiénes serán los primeros en caer.

Últimamente, me da la impresión de que me tienen vigilado, vivir con la paranoia de que te maten es desesperante. ¿Te diste cuenta del muchacho que le prendieron candela en estos días?, cualquiera con cuatro dedos de frente no lo haría, pero el odio de ellos da para eso y para más. Dos días después el muchacho murió en el hospital por las quemaduras. Si te pones a ver con mente fría, la oposición a veces busca confundir, matan a uno de ellos, luego a un oficilista. No dejan huellas. Se encargan de generar zozobra en la opinión pública. Entonces aparece en la televisión y en las redes sociales que el culpable del asesinato fue el otro y no quien realmente lo hizo. Esa misma metodología la aplicaron en Ucrania. Empezaron a aparecer muertos cada vez que llamaban a las protestas, generando confusión entre la población y les echaban la culpa a las fuerzas militares.

Sabemos que el Imperio le tiene hambre al petróleo, ¿por qué crees que se metieron en esos países del Medio Oriente?, los han ido invadiendo de a poco y contundentemente. Les han lanzado bombas teledirigidas a las escuelas, hospitales, matan a los niños inocentes; ¿qué es lo que nosotros tenemos?, además de los yacimientos de minerales, mucha agua, minas vírgenes y una población joven. Todo este desastre social no solo es una rencilla entre el Gobierno y la oposición, hay muchos intereses de empresas transnacionales de por medio, y vienen por más.

De lo que sí estoy seguro, es de que, si los mismos gringos se llegan a hartar de la oposición, la van a linchar también. Entre ellos se pagan y se dan el vuelto. Lo que

menos les importa es el pueblo, lo de ellos es el dinero y punto. Me imagino, que, si ahorita no tienen éxito, después van a querer financiar otras propuestas para generar más revueltas. El plan de ellos es nunca dejarnos libres, tenernos bajo el sometimiento comercial. Por eso es que estamos contra ellos, nosotros queremos ser libres, soberanos, revolucionarios.

Me resbalo, pero no caigo. Ahí vienen Lucero y Dayana: "*Mi amor, dale la mano a Lucero para que patinemos juntos, así vas aflojando las piernas*".

Miro al frente. En ese punto medio de la pista, me abalanzo fuerte como si fuera a conseguir un botín, un cofre, una caja donde el amor por el prójimo sea sincero. Veo a Dayana platicar con unas personas. Me siento cómodo.

Vi a una familia completa comiendo de la basura en una de las calles de Barquisimeto. Se le iban sumando niños, señores de la tercera edad, muchachas. Estaban cerca de unos desperdicios que habían arrojado en una de las esquinas contiguas al mercado San Juan. Lo recuerdo claro, con una sensación de frustración al ver aquel macabro espectáculo.

Por el centro, cerca de una venta de hamburguesas por la calle veintidós, mientras la gente comía, otro grupo de personas pobres, esperaban que lanzaran los desperdicios al cesto de la basura. Para no tener problemas entre ellos, hacían ordenadamente una fila, cada quien en su turno, con suerte de que alguien dejara lo suficiente para no haber perdido el chance. Eran hombres, jóvenes, niños, adolescentes mugrientos como si no se hubieran bañado en semanas.

Recuerdo también que fui por Caracas, a ver una exposición de pintura que Elton había realizado en un bar. Antes de llegar, en el recorrido de su casa hasta el lugar de la exposición, la cantidad de basura regada por las calles de la ciudad no parecía normal, ni siquiera para pensar que era un saboteo de los que estaban en contra del Gobierno.

Iba mirando por la ventana de atrás del carro de la novia de Elton. Vi a un par de niños hurgando entre bolsas negras de basura. Me hice el propósito de fijar aquella escena como si se tratara de un mini documental, donde

no vendría nadie a decir que era un espectáculo armado por un guion que escribió un fulano de tal pagado por los gringos. Recuerdo que los niños estaban en esa esquina. El niño agachado, mientras la niña, que supongo que era su hermanita, abría las bolsas y movían de aquí para allá los desperdicios. El niño tenía puesta una gorra de *blue jean* desgastado y sucia, una playera marrón con rayas amarillas. La niña cargaba una franelilla color rosa con unos pantalones de tela beige y despeinada.

Cuando pasamos frente a ellos, me di cuenta de que el niño me vio directo a los ojos, el mensaje era claro: él sabía que estaba haciendo algo asqueroso, tenía en la mano un gran trozo de pan relleno de quién sabe qué cosa. La niña vino a él para ver el desayuno recién encontrado.

Seguimos en el carro. Bajé la cabeza y miré a la hija de la novia de Elton, que tendría la misma edad que los otros niños. Cerré los ojos pidiendo misericordia por ellos.

Dayana me alcanza y patina a mi lado. Me ve motivado. Siempre he presentido que ella puede ver fuerzas que van más allá de la lógica de las cosas. Me dice que en el cofre donde tiene metidos los zarcillos hay cincuenta dólares guardados.

Patino más rápido. Dayana ayuda a deslizar a una muchacha que tiene las piernas flojas. Verónica y Raúl patinan agarrados de la mano. Voy más allá de la mitad de la pista, se me hace largo el camino, sin saber exactamente dónde tengo que parar.

Amelia cumplía cincuenta años. Lo celebrábamos en un salón de fiesta de un hotel en Barquisimeto. Vi a Elton en la pista de baile moviendo duro las piernas con una salsa vieja y con tres chicas, mientras sus padres, la señora Moira y el señor Lauro, parecía que se quisieran devorar por una pasión antigua. Me causó gracia porque el traje que llevaba puesto Elton, parecía sacado de los años setenta. Una camisa pegada al cuerpo y unos pantalones de bota campana, ambos en peligro de extinción.

Entre los invitados estaba mi profesor de semiótica, El Mago Álvarez, un tipo que levitaba en su mesa. Maraqueaba su trago pensando en su relación entre el vaso y la comunicación, la mediación del salón de fiesta como el contexto de un cumpleaños donde los invitados felices compartían el nuevo año de Amelia.

Me fijé que el profesor detuvo su mirada en los cuerpos. Parecía como si buscara un tipo especial de motivación, significaciones entre los movimientos de los participantes cuando colocaban cierta música. Seguimos la rumba hasta que amaneció. De pronto, El Mago Álvarez desapareció. Nadie lo vio irse. Me quedó la inquietud de lo que podría decirme del viaje que íbamos a hacer.

La tarde va cayendo. Acelero. Pero por más rápido que vaya, hay una fuerza que no permite que llegue hasta la puertica azul. Bajo la velocidad. Imagino construir la cartografía de un mapa del universo a partir de las huellas que dejan las personas sobre la pista, es una réplica de una danza en conjunto con las estrellas del universo. Alguien me tropieza. Me pega en el brazo.

Lucero es energía pura. Tiene una carga diferente a la de las otras niñas. Una frecuencia de ondas altas, es una fuerza caribeña. Una sonrisa que alumbra los huecos más oscuros de la noche. Es un ángel jocoso que no se queda quieto, a menos que le suelte el celular para que vea videos o se ponga en algún juego que descargue.

Mauro pasaba por un momento de contradicción. Por un lado, Venezuela aparentemente volvía a la normalidad, por el otro, a su sobrina de nueve años le detectaron un cáncer de huesos. Esa noticia tenía a la familia devastada. Su estado de salud era delicado, con los problemas del país y por la escasez de las medicinas el pronóstico se ponía peor.

Según los especialistas, el tumor lo tenían ubicado en el cúbito del antebrazo derecho. Al principio, la tuvieron en la clínica, pero el seguro privado se consumió en quince días, luego la trasladaron a otra institución. Casi por milagro, le consiguieron una cama en el Seguro Social, en una habitación cómoda y compartida con otra niña enferma, quien murió mientras ella estaba allí.

Su hermana le preguntaba llorando a Mauro qué podía hacer él por la niña, si tenía algún contacto pesado en el Gobierno que la pudiera ayudar con los medicamentos, los exámenes, las atenciones primarias, hasta operarla. Mauro se agarraba la cabeza. El mundo se le partía en dos porque no podía hacer nada de primera mano, a menos que hablara con algunos médicos cubanos, pero eso no le garantizaría la cura total de la enfermedad, pues ellos eran más de la prevención que del hacer. La vida y la muerte se abrían en sus ojos como una película que no

quería imaginarse si todo salía mal. Una semana después de exámenes, idas y venidas a la iglesia, de oraciones profundas, de buscar los contactos posibles, de rezar, rezar y rezar. Llegó el día de hacer la vendimia para recolectar fondos. Muchos familiares y amigos se habían puesto de acuerdo para los preparativos de la comida, la venta de cervezas, así como de otros productos. La reunión sería en la casa de un primo de la mamá, que tenía un patio grande donde cabían unas cien personas. Mauro era parte fundamental de la producción, había invitado a cuanto amigo y conocido se le atravesó por el camino. El objetivo era preciso: recolectar dinero.

Después de caer temprano una fuerte lluvia, el sol salió tan potente que iba secando la ciudad como si le hubieran pasado por encima un gran paño seco. El ánimo se avivó. La familia esperaba a los invitados. Ese día la niña seguía en el seguro social, porque hacía dos días la habían tratado con quimioterapia y seguía muy débil. Empezaron a llegar los músicos. La gente, al entrar, se movía ansiosa por las mesas viendo qué comprar.

Mauro se daba cuenta de que el destino le estaba jugando sucio. Era la gran lección que le daba un ser supremo, en el fondo, sabía que la salud pública no servía para mucho. Le correspondía vivir en carne propia el padecimiento que a muchos venezolanos les tocaba con un familiar enfermo. Empezando por la falta de insumos y terminando por la preocupación del tiempo como el primer enemigo si todo no se trataba cuanto antes. A pesar de que había realizado llamadas a los amigos de influencia, tuvo poca respuesta. Le decían que lo acompañaban en su preocupación, pero hasta ahí, no hubo un alcalde, un diputado, un ministro, mucho menos los que trabajaban al lado del presidente, y eso que él les daba sus partes íntimas

si fuera necesario.

A las once de la mañana Marta fue en su carro a buscar a Sinaí, para ir a la vendimia. Ellas siempre estaban dispuestas ayudar a causas nobles. Marta supo el cuento de la enfermedad de la niña por una sobrina que formaba parte del catecumenado de la Catedral, además de que un día la conoció en una ceremonia especial que realizaron por el día de las madres.

Sinaí la esperaba afuera. Iba vestida con unos pantalones pescadores blancos ceñidos al cuerpo, una franela de colores corta y escotada, que le dejaba ver el sostén y parte de la barriga, unas sandalias de cuero donde apenas por su dedo gordo del pie se sostenía toda la estructura del calzado, sujeto de unas tiras de cuero que bordeaban sus pantorrillas. Marta iba con un *blue jean*, unos zapatos deportivos, una franela blanca y una gorra con la bandera de Venezuela. Sinaí se subió al carro y arrancaron.

Llegaron al lugar. Marta saludó con mucho cariño a la mamá de la niña enferma. Le presentó a Sinaí. Se dieron un beso y un abrazo como diciéndose con aquel gesto que podía contar con ella pasara lo que pasara. Luego fueron a una de las mesas donde vendían los productos. Para empezar, compraron un delicioso arroz con leche que había preparado la señora Juanita.

A medida que pasaba el tiempo, llegaba más gente, mucha familia, amigos cercanos, vecinos, feligreses de la iglesia, sacerdotes, monaguillos, monjas, amiguitos, que disfrutaban de aquel mediodía saltando en la cama elástica. Las cervezas para los más grandes, rifas para los apostadores, comida para los hambrientos. La gente en conexión con la buena intención de apoyar y de gastar el dinero que llevaban en los bolsillos, con tal y que la niña

tuviera lo que necesitar.

Sinaí invitó a Marta a que se comieran el arroz con leche sentadas en unas sillas que estaban puestas en una hilera larga recostada a la pared. El *bululú* iba y venía. Reían, gozaban, bailaban, bebían en nombre de Dios y de los santos. Mauro caminaba de un lado a otro, traía bandejas con empanadas, dulces, arroz chino, pasticho, hallacas, gelatinas, jugos; trataba de atender de la mejor manera a sus especiales clientes. En eso, Sinaí miró a Mauro, supuso que tenía algo que ver con la niña: "*¿quién es ese chico?*" le preguntó a Marta.

Mauro también la había visto de reojo, pero como no la conocía, no le dio mucha importancia, a pesar de su llamativa figura y esa franela holgada que le daba ese toque de libertad y sabrosura. Ya casi eran las tres de la tarde. Marta y Sinaí tenían hambre, querían comer del sancocho que tanto habían anunciado por el micrófono. Fueron a la mesa donde vendían el tique. Esta vez Mauro se encargaba de venderlo. Cuando le pasó el tique a Sinaí la miró directo a los ojos. Marta se dio cuenta de la escena y le preguntó si se conocían. Los dos al mismo tiempo dijeron: *¡no!* Mauro, al darle la mano a Sinaí sintió una electricidad que le recorrió por el brazo; un corrientazo que quizá llegaba de una vida pasada. Ella también lo percibió. Durante lo que restó de la tarde conversaron. Se intercambiaron los teléfonos. Las miradas vivaces los hacían entrar en un juego de pretensiones y cortejos, hasta que ellas se fueron, ya entrada la noche. Desde ese día, Mauro y Sinaí se mandaban mensajes de texto cada cinco minutos, buscando entre lo que se escribían, la forma de alimentar aquello que, según, se revelaba como la gran posibilidad del amor eterno.

Diez días después de la vendimia, Sinaí llamó por

teléfono a Marta para contarle que tenía comunicación constante con Mauro. Que en el momento de darle la mano sintió la energía de cuando el río Orinoco mezcla su agua con el río Caroní, era como una sensación de atracción y choque. Le contó que soñó con él caminando sobre un gran pastizal en un bosque tupido de árboles grandes. Sus cuerpos eran esculpidos en los troncos por un artesano moreno de pelo largo. El escultor los moldeaba intentando agarrarse de las manos, pero no podían. Se miraban a los ojos con cierto deseo, en aquella pose de amor, en la que se petrificaban.

Sinaí le contó a su mamá que había conocido a un muchacho que le gustó. Sorpresa grande para ella porque hacía como tres años no le conocía un pretendiente. La mamá se sintió alegre porque vio en aquel hombre invisible, una oportunidad para que su hija bajara la guardia de la lucha en la calle y se dedicara al amor. Sin embargo, le advirtió que tenía que tener cuidado porque todo era muy prematuro y sabía lo apasionada que era.

Marta, un tanto contrariada, le devolvió la llamada a Sinaí. Se le notaba en la voz, casi quebradiza, que debía contarle algo, pero que por favor fuera prudente. Entonces Marta sin dar tanta vuelta le dijo a Sinaí que hacía un rato que pasó por la casa de su amiga para llevarle el cheque de un donativo que le consiguió a la niña de un grupo de empresarios que se interesaron en el caso. Mientras conversaban, pasó Mauro. Lo vio con unos amigos que venían de trabajar. Él llevaba una camisa roja con la cara del Comandante Supremo en el pecho. Venían de hacer un trabajo social en un barrio. Para corroborar le preguntó a la mamá de la niña enferma lo que sospechó, ella le dijo que sí, que Mauro era un agente de la revolución.

A Sinaí le entró un aire caliente por la piel. La mano

por donde tenía sujeto el celular se le durmió. Estuvo durante diez segundos en silencio rotundo, que duró como si fuera una eternidad. Una pequeña capa de sudor le sobresalió de la frente. Su habitación se convirtió en un hoyo negro. Le dijo a Marta que le agradecía la información, pero que por favor la disculpara. No se sentía bien. Al rato la llamaba. Le colgó.

"*Papá cuando lleguemos a la casa me prestas el celular*", me dice Lucero tocándome los bolsillos. "*Todavía falta tiempo para eso*", mejor seguimos.

Vuelta 6

A veces me queda la sensación de que he pasado demasiado tiempo dando una vuelta. Otras veces, el tiempo pasa volando.

Ante tanto caos político e incertidumbre lo mejor era que mi esposa e hija se fueran a México. A las tres de mañana paseábamos con las maletas metidas en un carrito por los pasillos del Aeropuerto Internacional El Dorado de Bogotá. Ese día el corazón se me desmoronaba. La sensación de aquel desprendimiento era como si arrancaran de raíz un árbol milenario. Pero era mejor pasar por eso antes de que la vida se pusiera peor. Al despedirnos nos abrazamos como cuerpos celestes. Ellas pasaron al salón donde sellan el pasaporte y ya no las pude ver más. Sabíamos que las alcanzaría en México, pero antes debía regresarme a Barquisimeto, con el juramento de que en diciembre estaría allá.

Salieron a las seis y veinte exactas del veintidós de julio. Como no podía ver el abordaje, ni el despegue, me senté frente a una pantalla que va registrando cada minuto las salidas de los vuelos para cualquier parte del mundo, hasta que llegó el nuestro. El avión sonó como si fuera una bomba que me arrugaba el espíritu. Aunque a la vez me alegraba porque sabía que se iban a reencontrar con mi hijastro y se abría una nueva etapa de vida. Salí corriendo a ver el avión. Me fijé como dio una curva a lo lejos del espacio hasta que desapareció.

No me quedaba de otra sino moverme, con unas piernas débiles, un hígado que se movía solo. Me subí el Transmilenio. Fui a visitar a un amigo. Mi corazón era un

hielo, la tristeza un pantano.

En Bogotá la vida a primera vista parece normal. Los que trabajan tienen lo básico para vivir y la comida está a flor de piel. La gente común tiene las posibilidades de desplazarse, de soñar, de comprar, de comer, de estar activos en el mínimo juego de la cotidianidad, aunque muchos lo nieguen. Hay pan y caldos. Papas rellenas y caderas grandes. También hay mucha pobreza, los niños en la calle, los malandros, la prostitución, la gente viviendo en las esquinas, los que no tienen que comer, los traumatizados por los paramilitares, los que le hacen frente al Gobierno, además de la influencia de los Estados Unidos que parece aplastarlos con su rodilla en el cuello, asfixiándolos, dejándolos apenas respirar.

Aquella tarde, *Risa Fría* y su novia me invitaron a una fiesta infantil en un barrio al sur de la ciudad. Cuando llegamos me fijé que la mayoría de las personas que estábamos éramos venezolanas. Lo que me llamó la atención, es que casi todos fueron creyentes del Comandante Supremo, pero la ideología, como los crepúsculos, cambió.

Sabíamos que había grupos armados de la oposición para enfrentar a la gente el día de las elecciones para la Asamblea Nacional Constituyente: "l*es soltaron armas de alto calibre*" dijo uno de los muchachos que juró ante nosotros como siete veces no volver a pisar Venezuela. Yo había leído en un periódico nacional que a la Guardia la habían dotado de armas para detener y apaciguar los ánimos si la gente quería protestar. Resultado: dos grupos de bandos ideológicamente contrarios, armados hasta los dientes, esperando que cualquiera se equivocara.

Como a las nueve de la noche nos devolvimos. Mientras rodamos por el Transmilenio, antes de llegar al Portal 1, la ruta fue de altos contrastes. Mientras iba

sentado recreé el águila negra del escudo de Bogotá sobre la ciudad, esta revoloteaba y husmeaba desde las alturas lo que pasaba en cada rincón, incluso el águila había descubierto la desfachatez de que un expresidente era el dueño de la mitad de los yacimientos de oro del país.

Bogotá es una joya de un extraño surrealismo social. Allí pasa de todo por nuestros ojos: desde carros con orejas rosadas que venden marrano asado, una señora pidiendo dinero con las tetas afuera para comprar una papa rellena, un exfutbolista profesional trabajando de taxista, un jíbaro que quiere matar a los jóvenes de una discoteca vendiéndoles droga mala, prostitutas desalineadas que quieren ser penetradas setenta y dos horas seguidas, turistas yendo al Cerro de Monserrate con la ilusión de estar más cerca de Dios, hay congresos simultáneos donde los egos académicos afloran como las piedras que los estudiantes le lanzan a la policía, venezolanos montados en el Transmilenio dando lástima con sus discursos para vender caramelos, mujeres danzarinas por las calles que dejan una estela de olor a café y seducción, fraternidad entre los que tiene poco, músicos que quieren componerle canciones a los astros, perro callejeros que retan a los transeúntes, diseñadores industriales que construyen un mundo a partir de una libélula, periodistas de farándula que revelan la idiosincrasia de la gente millonaria que viene a almorzar en un restaurante de caché, y al terminar, se montan en sus aviones privados para una reunión en otro lugar del mundo.

El Transmilenio se me hace un espacio de tolerancia pese a la fama de los robos y de la delincuencia desatada. Cada quien se civiliza a su manera conjugando lo bueno, lo malo, lo extraordinario y lo inesperado, signos de un tránsito en una avenida donde se refleja la elegancia, la

pobreza, la sordidez y el amor como un collage. Vi subir y bajar el águila negra. Se detuvo cerca de la puerta de entrada del bus y me observó. Abrió las alas. El olor en el pasillo ha cambiado. Ya lo dijo el semiotista colombiano Antonio de la Puerta en un programa de radio: "*Antes era una ciudad gris, ahora va entre el anaranjado y el rojo*".

Casi termino esta vuelta. No ha pasado ni un minuto.

Estoy viendo a una señora que no patina nada, le da valor a su hijo para que lo haga, pero el niño no se quiere mover, está pegado al tubo de la baranda y los bracitos le tiemblan. La mamá lo regaña para que se suelte, también le quiere pegar. Lucero mira la escena. Hay otras personas que se dan cuenta del brutal acto. Lucero tiene ganas de llorar porque se lleva las manos a la cara. La llamo. Viene muy despacio y conmovida. Ese niño no debe pasar de siete años. La mamá sigue reprochándole que se quite el miedo, pero ella tampoco se zafa de la baranda.

Pasado seis meses, cuando me tocaba a mi salir de Venezuela, me reuní con mi familia en San Cristóbal; que es la ciudad capital más fronteriza con Colombia. En el patio de la gran casa donde vive mi tía Blanca, mi mamá junto a mi tía Rosa, hicieron una casita pequeña para quedarnos la familia cuando anduviéramos por esos rumbos. El que más la ocupaba era mi primo Víctor Alonso, porque por su trabajo de militar, las guardias y las misiones especiales que le asignaban, por lo general estaban cerca de allí.

Ese día por casualidad estaba Víctor Alonso. Decidimos hacer un sancocho, comprar cervezas, celebrar la vida por un lado y mi despedida por la otra. Empezando la tarde el esposo de mi prima Samanta se embriagó y hubo unos momentos de tensión entre él y ella, pero Víctor Alonso lo puso en su lugar. Luego pidieron un taxi para que se lo llevara a la casa de sus padres.

Nosotros seguimos la fiesta en aquel gran patio con la compañía de Jacinto, un amigo mío chileno. Como estaba con el asunto del viaje no quería pasarme de tragos. Igual se

acabaron las cervezas, prendimos el carro de Víctor Alonso, le dijimos a Barbarito, uno de los primos más jóvenes que nos acompañara, y fuimos.

Cuando Víctor Alonso iba manejando vi que lo hacía con poca prudencia, le dije que si quería yo manejaba, pero él le puso más volumen a un vallenato y seguimos. Llegamos a la licorería por Barrio Obrero. Compramos una caja de cervezas y bolsas grandes de chucherías. Bajamos de nuevo a la casa. Ya el sancocho estaba listo. Mis primas: Marcela y Samanta, habían puesto la mesa al aire libre donde íbamos a comer, así que mientras sacábamos las cervezas del carro y las metíamos en la nevera, ellas iban sirviendo el sancocho.

Nos sentamos a comer. Víctor Alonso empezó a contarnos las historias y aventuras de militar mientras vivió en la frontera con Brasil. Nos hablaba de las mujeres como si fueran unas diosas, con aquellos despampanantes cuerpos y de placeres atrevidos, mujeres pagadas, divinas, jugosas. La influencia del oro, que los mineros explotadores les regalan a los militares como una muestra de gratitud y soborno para la vida cotidiana.

De las mujeres, el sexo y el oro en la frontera, pasamos a Venezuela. Víctor Alonso era un militar patriota. Creyó en el legado del Comandante Supremo y seguía las órdenes de sus superiores revolucionarios. Dijo que el país estaba preparado para lo que fuera, ningún soldado en los cuarteles tenía miedo si lo llegaban a invadir, ya tenían las estrategias de combate para defenderlo. Cuando yo escuchaba ese discurso por la televisión no le hacía mucho caso, pero que lo estuviera diciendo mi primo, parecía que la cosa iba por otro camino. Mi amigo Jacinto le preguntó sobre la soberanía alimentaria. Víctor Alonso le dijo que para eso también estaban preparados, había siembras

especiales, pero no daban esas noticias por la televisión. Seguimos con la conversa y hablamos de mi viaje a México, que allá me estaban esperando y casi se me salía el corazón por verlas. A mis primos les noté cierta nostalgia por mi ida, pero no sé por qué a Víctor Alonso se la sentí más pese a la rudeza de su carácter.

Las cervezas iban y venían. Barbarito era la primera vez que se emborrachaba y se fue a dormir. La música llanera sonaba a todo volumen. Los perros roían los grandes huesos que quedaban de la sopa. La tarde caía lentamente. Primero con un sol fulminante, después con una lentitud parsimoniosa. Las carcajadas volvían de los chistes espontáneos. De pronto, tocaron con mucha fuerza el portón. Era el señor del taxi que se había llevado a Roberto, lo devolvió porque no tenía las llaves de la casa. Víctor Alonso le dijo a Roberto que volviera a pasar, pero que se comportara, que se tomara la sopa y se acostara. Roberto dijo que sí, se tomó la sopa, pero no se acostó, quería seguir disfrutando de la velada.

Ya cuando estábamos listo para dormir, cada uno se fue a su casa. En la nuestra Jacinto dormía en el sofá; Víctor Alonso en una cama y yo en la otra. Siempre tuve la sospecha de que él tenía un hijo más, aparte de Karivi y Mía. Le pregunté sin anestesia y le puse de ejemplo cuál era la mujer que yo sospechaba. Víctor Alonso quedó atónito: "*pero tú esta looooocoooo miiiiijoo*". Nos reímos porque mi sospecha era una simple hipótesis de su vagabundeo y ahí quedó. Negó bajo juramento ese supuesto otro hijo y gozamos de mi espontaneidad. Después, empezamos hablar de mujeres. Todo llanero como él se precia de tener muchas, y si es militar más. Así que paseamos por varias ciudades Venezuela mientras le escuchaba sus cuentos de amores.

Desde que éramos niños, creo que no habíamos dormido tan cerca, apenas nos separaba un pasillo donde cabía el ventilador que nos espantaba los mosquitos. Quedamos en levantarnos temprano. Él se iba a Barinas y yo a Cúcuta. Me ofreció llevarme al terminal.

Al otro día, como buen militar, a las siete de la mañana ya estaba bañado y vestido, afeitado y hacía café. Me ofreció una taza. Vi que no soltaba el celular. Me lavé la boca y agarré la taza que me había servido. Le pregunté qué le pasaba y me dijo que su hija Karivi, de 14 años, estaba saliendo con un muchachito, que se lo pasaba escribiéndole por teléfono y eso tenía muy preocupada a la mamá. Yo sin hacerle mente le dije que eran cosas de muchachos, pero Víctor Alonso, cuando se trataba de Karivi, saltaba a cambiar el mundo si fuera posible. De Mía su otra hija, con otra mujer, también la quería y estaba pendiente, pero era otro tipo de amor.

"*Lo que pasa es que Karivi está pequeña y bonita. Esos muchachitos la persiguen y hay que cuidarla*" me dijo con voz de padre preocupado. En eso recibió otra llamada y contestó de una. Era Karivi. Víctor Alonso le dijo que si él se llegaba a enterar que ese muchachito seguía persiguiéndola la iba a sacar del colegio, que se dejara de eso, que ella tenía que pensar en los estudios y se enfocara en su futuro. Bravo, escuchaba lo que le decía su hija llorando, pero él no aflojaba su postura.

Ni siquiera eran las siete y media, y mi primo hermano ya andaba cargando aquel problema que en realidad yo no lo vi tan grave, entonces le dije, como queriendo salir de la tensión: "*gracias a Dios que a mi hija todavía le faltan ocho años, para que llegue a los catorce años*" y nos reímos.

Ya íbamos subiendo las maletas al carro. Salió mi tía Blanca y mis primos a despedirnos. Nos abrazamos. Se nos

pusieron los ojos aguados, me acompañaron hasta el carro, me echaban las bendiciones una y otra vez. Víctor Alonso me decía que nos apuráramos, mientras que uno abría el portón, Jacinto se montaba en el carro, él se devolvía a Barquisimeto, mientras yo espantaba a los perros que nos ladraban. Arrancamos.

Cuando llegamos al terminal Víctor Alonso metió su carro en el estacionamiento. Se paró en la entrada. Como pude con el peso del morral me bajé y Jacinto por la otra puerta. Víctor Alonso salió del carro, nos dimos un gran y fuerte abrazo. Lloré aferrado a su cuello. Le di un beso. Él como buen militar se mantuvo firme, aunque vi que se le aguaron los ojos. Le dije agarrándole la cara, con voz entrecortada, que cuidara a las viejitas, que se las encomendaba mientras yo no estuviera. Me dijo que sí, que no me preocupara que iba a estar pendiente de ellas, que me fuera tranquilo a México.

Lo seguí con mi mirada mientras se montaba en el carro. Él volteó y me hizo una seña de despedida con las manos en la frente como hacen los militares cuando se despiden. Yo le hice lo mismo. No sabía que no lo volvería a ver, más nunca.

Un señor le dice a la señora que se calme. Que deje los nervios y no maltrate al niño. Si iba a venir a ponerse así era mejor que se hubiera quedado en su casa. La señora en un acto de nervios se le tira encima y los dos se caen al piso. El niño llora más fuerte. Lucero va adonde está el niño. Mira a la señora y al señor en el frío piso con sus bocas a punto de darse un beso. Lucero toma al niño por las manos y le dice que se suelte, ella lo ayuda. El niño apenas se suelta y avanza un poquito. Lucero lo anima. Su mamá sigue tirada

abrazada en el piso con el señor. Ambos tratan de pararse agarrados, pero se resbalan y caen de nuevo al hielo.

Dayana y Lucero me traen agua. La bebo con calma. Me siento mejor. Creo que iba muy rápido y de pronto fue una presión en el pecho. Lucero me invita a dar una vuelta. Le respondo que ahorita no, "*Si le digo a mi mamá que te compre un chocolate caliente vas a estar mejor*", la idea no está mal. Vuelve Dayana y le hago saber la idea de la niña. Ella le dice al chico que entrega los patines que me haga el favor de buscarme un chocolate caliente con los vendedores de la plaza. Él va rápido porque no puede dejar mucho tiempo el puesto solo. El chico no tardó ni cinco minutos. Llega con la bebida en la mano. Huelo rico. Tomo un trago. Cierro los ojos.

Horas antes de partir del Aeropuerto Internacional El Dorado, a las cuatro treinta de la tarde de ese cinco de diciembre, sentía que ya los tenía conmigo. Todo el periplo para llegar hasta Bogotá ahora se resumía en pocas horas para abrazarlos, como si la frase borrón y cuenta nueva tuviera un sentido real. Durante el vuelo iba inquieto. El hecho de ver a mi hija me tenía al borde del éxtasis. La alegría convertía al avión en un cohete, en una bala. Los sueños depositados en el acto de reunirnos. Dejar a Venezuela hasta nuevo aviso, era parte de la promesa. Mientras atravesaba las nubes, escribí:

Parece un volver a empezar
buscarlos es proeza y gloria
movimiento,
vuelo alto,
en el juego del amor
el otro espacio se aproxima.

Veo en estas alas de metal
fuerza aliada
instante estelar
magia del cielo y tierra.
En cada nube que atravieso
veo sus rostros.

Pasadas casi tres horas, viramos. Al aterrizar poco antes de las ocho de la noche se veían las luces encendidas de Cancún. Era como lo había visto en las películas. Prácticamente, estaba con ellos, pero antes debía hacer conexión con un vuelo nacional a la Ciudad de México. Teníamos que pasar por migración, yo llevaba mis cartas de invitación listas con los demás papeles en regla.

Cuando llegué a la caseta me pidieron el pasaporte y empezaron las preguntas. La funcionaria desde un primer momento no estaba de acuerdo con que estuviera ahí, se lo noté de inmediato. Revisaba los papeles con malicia. Llamó a un funcionario de más alto rango que ella. La fila se detuvo por completo. A nadie le importaba lo que estuviera pasando conmigo más allá del estorbo para que ellos pudieran entrar.

El funcionario revisó las cartas de invitación, me hizo unas preguntas, luego me dijo que cuánto dinero traía. Le respondí que llevaba setecientos dólares en efectivo. Que cuál era el motivo de mi visita. Le dije que iba a dar unas charlas en una universidad y a presentar mi revista. El funcionario me hizo caminar por un largo pasillo. Me llevó a una sala de espera que tenía otras personas adentro. Me dijo que lo esperara allí, que pronto me harían una segunda entrevista, que firmara un papel, que con ello me permitirían llamar al consulado por si llegaba a tener algún problema. Firmé.

En ese espacio cerrado, con una luz blanca como si fuera una cámara de tortura, la mayoría eran colombianos, entre ellos un par de hombres, a uno le calculé como cuarenta y tres años, al otro de treinta, una señora de veintisiete años con su hija de cinco, otra señora de unos cuarenta y cinco, quien todo el tiempo peleó y discutió con los funcionarios, los maldecía cuando le daban la espalda;

además de ellos había un muchacho de veinticinco años que venía de Guatemala y el resto éramos tres de Venezuela que no pasábamos de los cuarenta años.

Poco a poco los funcionarios iban llamando a los detenidos para la segunda entrevista y a mí nada. Primero sacaron, entre los colombianos, a la señora con la niña, porque la tía los estaba esperando afuera. Luego a la que parecía una tigra, según ella su apellido lo anotaron mal en el hotel donde había hecho la reservación y los datos no coincidían. Después a los otros dos hombres que nunca supe su historia porque casi no hablaron, al final fueron los dos venezolanos, tenían unos familiares afuera esperándolos y les hicieron firmar una carta donde se negaban a trabajar como ingenieros de petróleo. A todas estas, nos quedamos solos, el guatemalteco y yo, en esa sala que parecía que nos estuvieran esperando para operarnos, sacarnos los órganos y venderlos.

Los de migración lo llamaron primero a él. Tenía más de tres horas en averiguaciones, vi, desde el maldito vidrio, que le negaban el permiso de entrada. El muchacho se puso a llorar como si fuera un niño. Los de migración lo cuestionaban además de que lo regañaban. Le pasaron un papel para que firmara y firmó.

El amigo entró llorando, con hambre, sin saber qué hacer. Después me llamaron a mí. El funcionario, grande y gordo, un ser híbrido mitad toro y mitad pollo, me dijo sin mediar palabra que me negaban la entrada a México. Le pregunté el por qué y me pasó una carta, que amedrentándome quería que se la firmara de una vez. Entonces empecé a leer aquel adefesio de mentiras.

El único recurso de libertad que creí tener era leer la carta en voz alta, para que me escucharan las pocas personas que quedaban regadas por las oficinas a esas

horas de la noche, eran: tres funcionarios de migración, un policía y un par de señoras de la limpieza. Ellos fueron testigos de mi primer y único performance en la vida. Así que empecé a leer cada frase, en voz alta.

En el informe decía:

"*No firmé para llamar al consulado*", esto es mentira, grité.

"*Tenía poca plata*", eso es mentira, grité. Si con lo que llevaba me servía para cubrir los gastos necesarios, además hablé que una tía me enviaría unos depósitos desde Italia.

"*Las cartas eran de dudosa procedencia*". Esto es mentira, grité. Sí estaban las direcciones, firmas y los números telefónicos de los que me había invitado y podían corroborar con solo una llamada.

"*No tenía boleto de regreso*". Eso es mentira, grité. Cuando le dije que tenía boleto de regreso, me hicieron que lo buscara lo revisaron, me lo quitaron de la mano y le sacaron una fotocopia.

"*Venía a trabajar*". Eso es mentira, grité. Yo iba a presentar mi revista en una universidad y a dar unas charlas, sin cobrar.

"*Me hicieron una segunda entrevista*". Esto es mentira, grité. Todo el tiempo que estuve sentado esperé que me llamaran para decirme por qué estaba allí, además tratar de hablar con mis contactos y nunca realizaron la llamada.

"*Me puse nervioso y miraba para todos lados*". Eso es mentira, grité. Porque mis ojos estaban puestos en los ojos del funcionario.

"*Nadie me estaba esperando*". Eso es mentira, grité. Le hice saber que las cartas tenían datos sobre las personas que me esperaban en Ciudad de México.

"*Lo que decía era incongruente*". Eso es mentira, grité. Nunca me dejaron hablar y expresar a qué era a lo que iba.

"*No tenía reservaciones en hotel*". Eso es mentira, grité. Si las personas que me estaba esperando me iban a dar posada, además que en las cartas estaban escrita la dirección de habitación.

Entonces, el funcionario fortachón se puso bravo y me gritó que me callara, que igual no me iban dejar pasar y que firmara la carta. Le dije que cómo pensaba que le iba a firmar una carta de tamaño compromiso, si todo lo que decía era mentira, además, que él lo sabía.

"*Si quieres la firma, o no la firma, igual hoy la entrada al país está negada. Lo puedes intentar otra vez, porque esto no es una deportación, simplemente se te negó la entrada y ya*", lo soltó con unas palabras frías; solo pensaba en la pobre madre que tenía, además que la señora no tenía la culpa de tener un hijo así.

Llamó a un policía para que me trasladaran hasta otro lugar, más espacioso, pero igual de incómodo. Una sala de espera en reconstrucción que hacía las veces de prisión. Había otro hombre, pero desde que entramos dormía, tenía aspecto como de Turquía. A él lo fueron a buscar muy temprano y nunca dijo ni una sola palabra.

Hasta ese momento no sabía dónde estaba mi maleta, la conexión con el vuelo a Ciudad de México ya la había perdido. Un muchacho distinto que no pasaba de los treinta años, que era parte de los funcionarios de migración y traía unos tatuajes en el brazo, fue a verificar si estábamos en el lugar. Le hice saber que necesitaba mi libreta. No quería dejar pasar ningún detalle de lo que me acontecía y la memoria falla en esos casos de dolor. El funcionario, con una mirada distinta al funcionario toripollo, permitió que me acercara al bolso de mano, custodiado por un policía. Saqué la libreta y un lápiz, menos el celular, estaba prohibido comunicarme.

En ese instante mientras caminé al bolso, le pregunté al funcionario: "*¿esto nos pasa a nosotros porque él es guatemalteco y yo de Venezuela, cierto*?" se lo dije con un tono que iba más allá del odio y la desesperanza. "*Si. No le convencieron sus respuestas, pero recuerda, puedes volver a entrar al país, con mejores argumentos*" el muchacho se fue. Al escuchar aquellas palabras sinceras, era como si él y yo, hubiéramos firmado un pacto espiritual.

El guatemalteco estaba hincado y lloraba como pidiendo perdón; yo temblaba de la impotencia. Los rayos de la luz blanca que nos iluminaban parecían las luces de un estadio de fútbol que me fundían con un submundo que hasta el momento no conocía. A todas estas, nadie de mi familia sabía dónde estaba. Podía gritar con todas las ganas del mundo, pero el único que me podría escuchar era el guatemalteco y el policía, que no nos quitaba los ojos de encima.

Pasaban las horas. De vez en cuando venía el funcionario tatuado y chequeaba cómo estábamos. En una de esas llegó con un tipo de camisa blanca en representación de la aerolínea a traernos unos sánduches con un refresco. Faltaba poco para el amanecer. El funcionario me dijo en voz baja, que al cambiar de turno, él iba a dejar reportado que yo había solicitado la llamada al consulado. Me hizo hincapié en que llamara porque nadie sabía de mí. Le agradecí el gesto.

En confianza le dije que yo tenía los papeles en orden para entrar. Me respondió que todas mis cartas estaban hechas para entrar por Ciudad de México y no por Cancún y ese fue el error. Le expliqué que el pasaje me salía más económico por esa ruta con escala, además que no sabía lo que eso implicaba. Entonces me sugirió, si lo volvía a intentar, llegara directamente a la Ciudad de México y sin

escalas. Le di las gracias por lo de mi reporte de la llamada. Desde ese momento estuve alerta al cambio de guardia y a la posibilidad de comunicarme con el consulado para que alguien supiera que seguía vivo.

El mundo se me hacía pequeño. Miraba el techo y encontraba unos signos de negación. Me empezaba la nostalgia por conocer Puebla, la casa, leer el cartelito que había hecho mi hija con sus propias manos, que decía: *Bienvenido*. De pronto, apareció otro funcionario de migración llamándonos a la puerta. El guatemalteco y yo salimos corriendo a ver qué noticia traían, si por fin vino alguien a rescatarnos, pero no, no era nada de eso.

Nos dijo que nos alistáramos porque pronto salía el vuelo de regreso desde donde habíamos partido. Me señaló a mí diciéndome que el avión salía a las once de la mañana, que no me preocupara por el equipaje porque estaba bien. Lo miré a los ojos y supe que mentía. Le pregunté por la llamada al cónsul, me dijo que había una orden y estaban en eso. Se marchó.

A las diez y veinte me sacaron para mi llamada. Tenía solo quince minutos para hacerla porque el avión ya estaba a punto de salir. Debía ser breve y tener un número de teléfono a la mano, para que el cónsul llamara de una vez a la persona que me estuviera esperando en Ciudad de México. Al hablarle, el cónsul me dijo:

"*Mire compadre, yo no puedo hacer nada, esa es una decisión de ellos, yo lo máximo que puedo hacer es llamar a algún familiar suyo, o a algunos de los teléfonos de la carta de invitación, pero usted ya está montao en el avión, usted ya está montao*", aquella frase rompía cualquier esperanza, el "*usted ya está montao*" terminó de aniquilar cualquier posibilidad de salvación, "*usted ya está motao*" significaba más preguntas e imaginarme a mi esposa llorando, "*usted*

ya está montao" fue la sentencia decretada para que todos los pájaros de Cancún murieran en ese instante conmigo.

El Cónsul llamó a mi esposa e hicimos una conversación triangulada, pero ya no había caso. Tampoco escuché bien qué decía, además lo poco que llegué a comprender de ella fue un "*!ayyyyy, noooooo puede seeeer!*" y vino el llanto. Se me acabaron los minutos y me dijeron que debía colgar. Pedí que me dejaran hablar con el jefe de migración. Me dijeron que aprovechara que él estaba en su escritorio. Le pude decir que la mayoría de lo que había escrito el funcionario de migración la noche anterior era mentira, empecé a señalarle de memoria. El jefe me miró de arriba abajo. Le dijo a otro funcionario de menor rango que me retirara. Ahora hablaba por teléfono el guatemalteco. Fui hasta donde estaba. Le di un fuerte abrazo y le deseé suerte. Era lo más que podía hacer. Él seguía llorando como si todavía no pudiera creer que no lo habían dejado entrar. Me volvió la frase del cónsul: "*usted ya está montao*".

Cuando salí a la pista iba custodiado por un par de funcionarios de migración, un policía y una aeromoza. Me sentía como si me hubieran imputado un delito mayor. Cuando por fin vi el sol e iba caminando al avión, pasó una bandada de pájaros grandes muy cerca de nosotros, tan cerca que uno de los pájaros chocó contra la sien de uno de los funcionarios de migración. El funcionario cayó al piso, como si aquel impacto hubiera sido una bala, en menos de treinta segundos empezó a convulsionar.

Nos quedamos paralizados. El policía y la aeromoza se agarraban la cabeza. Yo miraba aquello tan de cerca, que por un momento me confundí y creí que era mentira. La gente que trabajaba se fue acercando y entraban en pánico al ver el ave clavada en la cabeza del funcionario, todavía moviendo sus patas como si quisiera salir de ese

cuerpo que no le pertenecía. El funcionario agonizaba. La aeromoza me tomó del brazo y me fue llevando lentamente. Ella llorando, me garraba más fuerte del brazo, supongo que temió que me escapara. Yo era el último pasajero que faltaba en abordar. La sangre chorreaba por el asfalto, mientras en algún lugar del planeta, alguien lloraba por su ser querido.

Los otros funcionarios de migración, incluyendo al jefe, llegaron corriendo donde estaba el cuerpo de su amigo. Se le lanzaron encima para revivirlo, pero al hombre ahora le salía sangre por los ojos, la nariz y la boca. Los bomberos del aeropuerto llegaron rápido, pero ya no había caso. Yo avanzaba lentamente mirando para atrás. Los ojos del funcionario, por la presión, parecía que se le iban a salir. A los minutos le pusieron una manta azul encima. La gente en el aeropuerto se preguntaba qué pasaba. Todo se detuvo por quince minutos. Subiendo las escaleras para abordar, me dije que si me hubieran dejado entrar nada de esto les hubiera ocurrido.

Al llegar, me recibió el piloto con un gorro de San Nicolás y una aeromoza con un cintillo de plástico con cachos de venado. Me hacía muecas de bienvenida como dos malos bufones. El show debía continuar. Me quedé parado esperando sus instrucciones. La aeromoza que me trajo, mientras se limpiaba las lágrimas me dijo que el pasaporte me lo entregaban cuando llegáramos a Bogotá. Me llevó hasta mi asiento. Me tocó del lado la ventanilla, casi al final del avión. Al lado tenía a una muchacha alta de rasgos chinos como de veintidós años, con un novio gringo de cuerpo atlético como de cincuenta. El avión despegó. Para ese momento la vida no valía un peso.

El chocolate me dio potencia. Me siento mejor. Voy a la pista.

Raúl me pregunta que cómo me siento. Le digo que el chocolate está haciendo su efecto. Me advierte que a partir de ahora el frío va arreciar. Se retira. Luego, vuelve a mí. Veo en sus ojos la ingenuidad de un niño rico. Me dice que él y su novia aprendieron a patinar en una pista que hay en un centro comercial de Puebla. Pero que lo de él es el *hockey* sobre hielo y reafirma sus patines con unos movimientos de pie como hacen los jugadores al entrar a la cancha. Continúa y me dice que ahora tiene una oferta de trabajo para ser instructor de *hockey* en Veracruz.

Tenía un hueco en el estómago, una presión como si tuviera unos duendes metidos en las tripas. Mis compañeros de vuelo no tenían la culpa, pero lo único que deseaba, si me escuchaba Dios, era que el avión se cayera. Cada vez que viraba hacia algún lado, cuando da la sensación de que algo puede ocurrir, me lo imaginaba en picada.

Las lágrimas se me salían solas. Creo que nunca antes me había dado cuenta de la potencia de un abrazo. Padecía en carne viva lo que era estar en el vacío. Ir obligado de nuevo a Bogotá, donde nadie me esperaba, era un *karma*. Mis lágrimas abrían un hueco en el piso. Mis lágrimas se convertían en bombas atómicas que hacían explosión al caer. La resignación figuraba como un viejo loco que se opera él mismo. No me quedó de otra sino buscar la libreta:

*

Pensé que los tenía en las manos
llenos de luces y sonrisas
la niña feliz,

tú, bailando mientras cocinas,
ahora,
en este armatoste de metal
la vida se volvió
hechizo contrario.
*
Los quiero libres,
nada de prisioneros
como en nuestro país.
La Navidad, la soñamos juntos
pero, para los ojos de otros
no somos bienvenidos,
porque la pobreza nos rechina
nos da zancadillas.
Jamás, algún funcionario
los sacará de este corazón
a punto de infarto.
*
Hasta cuándo
aguantaremos esta cacería,
trago amargo,
un perseguido
un muerto
me asfixio
me desgarbo
me dilato
me convierto
me alejo
me hundo.

Después del aterrizaje en Bogotá cada paso tenía menos sentido. Me llevaron a la oficina central de migración en el aeropuerto para firmar los papeles que ellos requerían

y devolverme el pasaporte, además de la maleta. En esa sala, también estaban unos hombres jóvenes que hablaban árabe, se les notaba preocupados, caminaban de un lugar a otro, hablaban entre ellos. Estaban retenidos, pensé que llevaban drogas o pertenecían al mundo del tráfico de niños o de mujeres.

Más allá de ellos, había una niña de nueve años, un niño de tres, una pareja de esposos y una abuela, que un rato lloraban y otro rato perseguían a los niños que salían corriendo entre las sillas plateadas de la sala de espera. Ellos eran una familia venezolana a quienes también los habían regresado de México. Yo no tenía prisa, pero con esa sensación de frustración lo que quería era hablar con mi esposa e hija.

Esperé un rato. Me llamaron y el funcionario de migración de Colombia me dijo: "*Entonces te devolvieron*", como si en algún momento hubiéramos empezado la conversación. "*Pues sí, y eso que yo llevaba todos los papeles en regla*", se notaba mi voz triste. "*Esos funcionarios de la inmigración de allá son unos malparidos, ellos están devolviendo a la gente de Venezuela, de Colombia y de Guatemala, no los quieren por pobres, por mí, que no vengan para acá, porque los devuelvo*". Aquellas palabras de un ser extraño me fortalecían, sobre todo, al saber que alguien ajeno sabía cómo era la cosa. Entonces continué: "*Ellos me pasaron una carta para que yo firmara, pero ahí decían puras mentiras, así que me negué a firmarla y ahora no sé si por eso no me vayan a dejar entrar algún día*", supuse que era alguien en quien confiar. "*Por eso no te preocupes, porque es una negación de entrada, no es una deportación. A ellos no les importa nada, se enamoran de alguien y no lo dejan pasar y punto, así tengas todo lo que tengas, eso se llama Discrecionalidad Migratoria*".

El funcionario me pasó el pasaporte. Después de registrar mi entrada a Colombia, me despido con un apretón de mano. Me dijo que fuera por mi maleta, que preguntara en la agencia de viajes porque ellos sabían dónde estaba. Después de dar varias vueltas al fin conseguí la oficinita donde están los paquetes. Me entregaron mi maleta abierta, con toda la ropa revuelta, con el cierre roto, con los chocolates partidos, con las galletas regadas, alguna ropa llena de grasa, la computadora partida y de paso se llevaron un kilo de café.

La chica de la aerolínea al ver aquel desastre sacó un rollo de plástico para embalar. Hice un solo bojote como si fuera un taco gigante. Al terminar, le regalé un chocolate y caminé a cambiar veinte dólares.

Salí a buscar el Transmilenio, que me dejaba en la estación Las Aguas, de ahí caminaba de nuevo hasta la posada donde me había quedado dos días atrás, en El Chorro de Quevedo.

Viene Verónica y le da un beso en la boca a Raúl, como queriendo espantarlo de lo que me va diciendo. O ese beso también significa que son novios, se aman, se desean, quieren tres hijos, un perro en una casa de dos pisos y una sirvienta que los atienda como si fueran príncipes. Los veo como una pareja de niños que siempre lo han tenido todo, a tal punto, que no entiendo por qué están trabajando acá. O cómo se va a ir él a Veracruz y perder las atenciones que debe tener en su casa. Les digo que estén atentos a mis movimientos y, por favor, me digan qué debo mejorar, para avanzar con más potencia.

La gente en la plaza se divierte con el brillo artificial de las luces de la navidad, con la escarcha que dejan los patines, con las tarimas mientras tocan las orquestas, con los ponches para apaciguar el frío, con devorarse las chalupas... Pasa un policía.

Pedí la misma habitación compartida. La recepcionista me miró extrañada, no me preguntó nada, pero quería saber qué me pasó. Subí por las inclinadas escaleras. La muerte pasaba por mi cabeza como si estuviera parado en la mitad del paso de un rebaño de bisontes. Desde el *WhatsApp* llamé a mi esposa para contarle lo que me había ocurrido. Respondimos con llantos. Cuando pude, le dije que México ya no me importaba, iba a buscar un trabajo de lo que fuera en Bogotá. Que si ella se animaba que se viniera con los niños. Por otro lado, mis hermanas me escribían que no me angustiara, que las cosas pasaban por algo, que la familia me esperaba de regreso en Barquisimeto.

La cabeza la tenía como una autopista donde se cruzan varios caminos y no sabes cuál elegir. Mi esposa me recomendó que descansara, que seguro estaba aturdido y lo único que podía salvarme en este momento era el sueño. Pero era un sueño sin aparente sentido porque mi mente proyectaba pensamientos fragmentados de un tiempo en el que aparecía y desaparecía en un limbo.

Antes de terminar la conversación ella me dijo que no decayera, que eso les pasaba a muchos venezolanos con la migración: los devolvían sin razones aparentes, pero lo podían volver a intentar. Aquella idea me parecía tan absurda que lo último que pensé era volver hacerlo, sobre

todo, porque no tenía el dinero, ni las ganas, lo único que quería era morirme.
Al final de aquella conversación, que era la pastilla lingüística que me faltaba para medio curarme, me quedé dormido como si me hubieran dado un palazo en la cabeza. Al otro día, por medio de un grupo de *WhatsApp* les comenté a mis amigos, que están regados por el mundo, lo que me pasó, Inmediatamente me dieron el apoyo moral, algunos dijeron que me enviarían dinero y también me asomaron la posibilidad de que lo volviera a intentar. Le comenté a una tía que vive en Italia y me dijo lo mismo, que ella me apoyaba y que lo volviera a intentar. Le dije a mi compadre Antuán que vive en Miami y me dijo que lo volviera intentar.

Antes del mediodía recibí otra llamada de mi esposa, esta vez hablamos con mejor ánimo. Me sugirió que había que tener paciencia, el dinero lo conseguíamos como fuera, pero que no me deprimiera, debía tener ánimo para lo que venía. El viaje empezaba a tener brillo pese a toda la locura masoquista que significaba volver a intentarlo. Ella había hablado con un profesor de la universidad, él estaba dispuesto apoyarme con otra carta. El director de los scouts ratificaba el compromiso con un taller de narrativa, *ad honorem*, a los chicos del grupo más avanzado de las tropas. Mi esposa les escribió a unos amigos que tenía en Bogotá para que estuvieran pendientes de mí, ellos también querían ayudar.

Aquel plan de resurrección, después de tres días muerto, se armó. Rodaban las noticias con viento a favor: el director de los *scouts* prestaría su tarjeta de crédito para comprar el pasaje. Hablé con él dándole las gracias, que no se preocupara que le pagaba ese dinero como fuera. Él no tuvo problemas, lo único que me advirtió fue pagarlo en

tres meses y que no pasara de allí, porque era el contrato que iba hacer con el banco.

A los dos días siguientes, mis amigos me hicieron transferencia por una casa de cambio. Primero fue Matilde desde Suiza, luego Moana desde Irlanda, siguió Vivian desde España, no se quedó atrás Antuán desde Miami, Diana lo hizo desde Portugal y, por último, mi tía Luisa desde Italia. Los depósitos no fueron el mismo día, pero pude recopilar lo suficiente para continuar con la idea, pagar comidas y el hostal.

Por casualidad en Bogotá estaba Leonel, un amigo abogado de Barquisimeto. Él venía de regreso de Italia. Leonel es uno de los que llevan en la sangre la promoción cultural. Con él hice varios eventos literarios apoyado por el bufete donde era miembro. Cuando le comenté por teléfono lo que me había pasado me invitó a almorzar. Esa tarde nos vimos frente al Museo Nacional de Colombia, nos fuimos caminando y conversando, hasta que llegamos a un restaurante de carne asada.

Nos vimos dos días seguidos. Celebramos La Noche de las Velas, mientras tomamos cervezas con Romina, su esposo y sus hijos, otros amigos de Barquisimeto que habían emigrado para Bogotá. La celebración de las velas se acababa. Decidimos irnos. Romina y su familia tomaron un taxi, nosotros otro. Cuando íbamos llegando al destino de Leonel, me dio cincuenta dólares. En agradecimiento le pasé unos bolívares en efectivo que me habían quedado, para que solventara algo con eso cuando llegara a San Antonio. Antes de salir del taxi, con la puerta entreabierta me dijo: "*si las cosas no se vuelven a dar, lo tienes que intentar dos, tres, cuatro veces, o las que sean necesarias hasta que llegues con tu familia*" y se bajó.

Al otro día, Moana me escribió desde Irlanda

diciéndome que aprovechara de pasear por el centro de Bogotá, era uno de sus sueños y que lo hiciera por ella. Que caminara por el bulevar, aprovechara de hacer turismo y viviera el momento porque no se iba a repetir. Ella estaba segura de que yo, al volver a México esta vez, no tendría problemas.

Le hice caso a mi amiga. Me abrigué bien. Ese día la lluvia caía y se detenía a ratos. Salí del hostal. Caminé hasta la catedral. Al verme en pleno centro ante aquel movimiento llegué a un gran bulevar, donde comencé a mirar lo que se me presentaba.

Cuando llovía nos desplazábamos rápido buscando refugio. Cuando escampaba los artistas aprovechaban de hacer su show. En una esquina había un par de negros que venían de la costa, bailaban una salsa que se metamorfoseaba con saltos y brincos acrobáticos sin perder el ritmo. Luego un robot parado cerca de unos pequeños arbustos, no supe exactamente qué hacía, era como un capítulo perdido en una ciudad que no estaba acorde con su viaje al futuro. Un vendedor de globos gritaba como un mono y la gente se le acercaba a comprarle. Muchas estatuas vivientes, desde soldados de guerra hasta bailarinas de ballet clásico. Unos imitadores vestidos de plateado que se hacían pasar por Carlos Vives, lo más idéntico que jamás haya visto. En una esquina, donde hay un banco, dos muchachas jóvenes bailaban hip hop, lo que más les lucía era su belleza. Más allá un hombre se movía igual que Michael Jackson. Recuerdo a una señora que no estaba actuando, sino que pedía plata sentada y recostada a una pared con una niña recién nacida en los brazos. Otro chico que se hacía pasar por futbolista, la pelota no se le caía de los pies. Unos ecuatorianos que vestían trajes con plumas y hacían rituales tocando música con una flauta

transversal. Me quedé un rato mirando el acto del hombre que comía vidrios, ese me impresionó más, agarraba los bombillos, los partía, masticaba y se tragaba aquello como si no pasara nada, además, que estaba parado sobre vidrios de botellas rotas que él mismo partía en nuestras narices. Se me arrugó el corazón cuando escuché a un grupo de música venezolana tocando el arpa, cuatro, maracas y un bajo eléctrico, mientras desde la recia voz del cantante se invocaba la llanura y hacía mención de Venezuela entre canción y canción, con ganas de volver al despertar de la pesadilla.

El bulevar era un portal de performances donde la gran cantidad de transeúntes nos volvíamos uno solo. Vi el potencial del centro de Bogotá para unas locaciones de una película sobre detectives. Cuando ya me cansé de caminar volví al hostal. Al llegar, mi esposa me llamó. Me tenía dos buenas noticias: la primera, había comprado el pasaje, salía dentro de diez días desde Medellín directo a Ciudad de México. La otra, era que mañana al mediodía pasaban sus amigos por el hostal a recogerme, me quedaría en su apartamento.

Patino sin pena ni gloria. Veo que un funcionario de la policía camina desde afuera hacia mí. El policía me persigue mientras me desplazo lento. Me llama. Me detengo. "*¿En qué puedo ayudarlo*?", se da cuenta de que no soy de acá. Me pregunta de dónde vengo y le digo que de Venezuela. Me mira con resignación. Mete la mano en su bolsillo y saca un celular. Me pide que por favor le diga donde tiene que hundir para tomarle una fotografía a su hija que está patinando. Pongo la cámara de frente a nuestros ojos. Le doy al botón para que nuestras caras queden proyectadas

en la pantalla y explicarle. Le muestro con detenimiento las funciones de cómo debe hacer, pero aprieto el botón por error y salió una selfie.

Viene Dayana a decirme que la señora que se cayó hace rato sufrió un desmayo en la carpa después de que se quitó los patines. Se corre el rumor que debe ser la tensión baja. Llegaron los paramédicos y un influencer grabando con su celular.

Homero, el hermano mayor de la familia Villalón, junto a Natasha, su esposa, fueron a rescatarme. Esa tarde con una cerveza fría, les conté lo que me había pasado. Con ellos me quedé un día en su hermoso apartamento. Al otro día debían hacer su anhelado viaje de luna de miel a San Andrés, una isla paradisíaca del caribe colombiano.

Para no dejarme solo me llevaron a la casa de sus hermanos, menores que él, pero iguales de gran corazón. Hablamos de gozos, bailes, de la vida crítica del sistema mundial que nos estaba tragando. Esos días fueron maravillosos. Ya a Bogotá no le tenía la fe perra con la que me habían regresado.

La siguiente noche salimos a bailar a una discoteca donde solo se escuchaba salsa. Brindamos felices, el Ejecutivo Honroso, el Luchador Olímpico, la Dama de la Justicia, el Músico de Cilantro y una amiga argentina que estaba echándole los perros al Ejecutivo Honroso. A la Dama de la Justicia y su novio que era el Músico de Cilantro, los empecé a sentir como si fueran mis primos. El Luchador Olímpico, que tiempo después terminó siendo el líder en un reality show por la televisora nacional colombiana, estaba tan emocionado porque pronto iba a nacer su primera hija que a mí me empezaba a provocar tener otra. Esa noche amanecí hablando con el Ejecutivo

Honroso sobre los venezolanos en Colombia. Como prueba fiel de nuestra conversa, cuando nos quedamos sin cervezas, fuimos a un restaurante a seis cuadras de la casa. Nos atendieron un par de muchachas que habían llegado a Bogotá desde Maracaibo. Querían que nos quedáramos con ellas conversando mientras cerraban el negocio, su tema central era que el tipo que las contrató las maltrataba. Pero con la prudencia del ejecutivo, mejor nos fuimos.

Días después, a las diez de la noche, salí del terminal de Bogotá a Medellín. Al amanecer en el autobús, cuando uno va entre el sueño, la vigilia y los primeros rayos del sol, Medellín se abría en unas grandes montañas. Al bajar por la carretera curva me era imposible no pensar en Pablo Escobar. Me lo imaginaba en aquella ciudad, que veía a lo lejos, como si fuera el gran patio de su casa, haciendo transas, moviendo dinero, regalándole a los pobres, matando gente, bebiendo con putas, llamando a su esposa. No muy lejos debía estar el terraplén donde tuvo su zoológico; mientras, iba mirando por la ventana.

Al bajarme del autobús busqué una pastilla para la gripe. El cambio de clima me había afectado casi que en la inmediatez. No quería estar mal para mi nuevo vuelo. Cogí un taxi a la dirección de un hostal barato que me había recomendado mi amigo Julio, quien ahora vivía en esa ciudad trabajando como instructor de clases de tango. Llegué al hostal después que el taxista me dio unas vueltas demás. Me recibió un hombre gordito, despelucado y sin camisa. De pecho peludo y canoso. Me mostró la habitación con cierto deje. Un espacio pequeño donde apenas cabía la cama, mi bolso y la computadora portátil. Le agradecí. Me dormí un buen rato.

Al despertar estaba asustado. Me daba vértigo que me fueran a devolver de nuevo. Saqué los papeles. Repasé el

itinerario de las charlas que iba a dictar, las presentaciones de mi revista, el taller de narrativa. Esos papeles me avalaban el boleto a la unión familiar y a la academia. Al terminar de chequearlos los coloqué sobre el morral. Salí a caminar por el centro de Medellín a buscar una maleta de mano: "*Por la maleta se conoce al pasajero*", me dijo Amelia, en una conversación que tuvimos por *WhatsApp*, animándome para que me comprara una y luciera como un ejecutivo.

Ese primer día pasó sin pena ni gloria. Al otro día, repasaba la ropa que me iba a poner. De nuevo los papeles. El boleto Medellín-Ciudad de México, con el itinerario de regreso. Mi esposa me esperaría con mi hija y con el scout en el Aeropuerto Benito Juárez. Llegaba el veintidós de diciembre a las cinco y veinte de la madrugada. Era el día del cumpleaños de mi esposa. Entre las caminatas por el centro de Medellín, aproveché de cambiar unos pedacitos de oro que me había regalado mi mamá para cualquier emergencia. Necesitaba tener dólares en el bolsillo por si me pedían que los mostrara en la migración.

Mi tía, la que vive en Italia, ese día por la tarde día me transfirió el dinero que retiré en una casa de cambio en un centro comercial. Llamé a un sobrino que se fue a vivir a Medellín, pero no pudimos vernos. Él por su trabajo y yo porque andaba enfocado en el tema del viaje.

Me bañé. Me puse mi buena camisa, el pantalón, un paltó gris a la medida. La maleta de mano que compré era de esas ejecutivas con rueditas. Caminaba de un lado a otro con pasos cortos dentro de la habitación. El corazón se me iba a salir. Temía demasiado que me fueran a devolver, tenía que intentarlo, las cartas estaban echadas.

Abrí la puerta de la habitación con las maletas encima. El señor del hostal me preguntó para dónde iba,

le dije que a México. Me miró sospechoso, como queriendo decirme que yo podía ser otro eslabón de las redes de tráfico por las que estaba rayada su ciudad. Me deseó, con desgano, buena suerte y que estuviera pendiente de los ladrones. Me fui caminando ocho cuadras a una estación de autobuses de los que iban al aeropuerto.

Después de los cuarenta minutos de viaje por una carretera curva que trepaba montañas altas, llegamos. Las horas de espera se me hacían eternas, después de haber dado varias vueltas por el aeropuerto fui hacer mi check in. Cuando pasé para sellar el pasaporte, el funcionario de una vez me dijo: "*A usted lo devolvieron hace poco, ¿cierto?*", esa frase casi me mata. Le dije que sí. Él me miró pero no me dijo nada. Me selló el pasaporte. Ahora estaba frente a un par de militares y dos policías. Me hicieron quitar la correa, los zapatos, pasar dos veces la computadora por el detector de rayos, me miraban de arriba abajo y empezó la preguntadera del militar. Con rabia se comunicaba para que sacara todo lo que tenía en mi maleta de mano. La tenía con libros y algunas prendas de ropa. "*¿Hacia dónde se dirige?*", habló con dureza, "*Voy a Ciudad de México*", mirándolo a los ojos; "*Qué va a hacer allá?*". "*Voy a presentar mi revista en un par de universidades y a dar unas charlas*". "*¿Tiene las invitaciones?*", "*Sí, claro*", se las pasé.

El militar las leyó con detenimiento. Cuando terminó las colocó a un lado y empezó a jurungar por dentro de los plásticos de la maleta de mano como buscando droga, incluso le dio varios golpes por dentro. Se hacía una larga fila detrás de mí. La funcionaria que pasa las maletas por los rayos X me vio a los ojos y yo a los suyos, cómo preguntándome y ahora qué. En eso el militar me devolvió los papeles y me dijo: "*pase*".

El pasillo para buscar mi puerta de embarque se me

hizo largo. Cuando llegué a la sala de espera, no me dejaba la mente quieta por lo que me había dicho el funcionario: "*A usted lo devolvieron, ¿cierto*?". Le escribí a mi esposa. Ella ya había llegado al aeropuerto de México. Me dijo que le fuera a preguntar al funcionario si estaba chequeado en una red de las personas que no les admiten el acceso a México, y si tendría algún problema con la migración cuando llegara. Fui. El funcionario me dijo que no, que no tenía problema, que se había dado cuenta por la fecha de mi viaje, además que a los venezolanos nos estaban devolviendo.

Llegó la hora de embarcar. Me senté en el puesto asignado. Desde esa altura sentía el poder de Dios más cerca. Empecé a rezar las oraciones que me sabía del repertorio del libro de catecismo que me aprendí cuando estaba en la escuela. Luego intenté ver una película, de escuchar música, dormir, pero no pude. El poder de la oración me llamaba a tal punto que solo me proyectaba en un ser supremo, y en que esta vez pasara sin problemas.

Al nomás aterrizar, como a las cinco y quince de la madrugada, quise comunicarme con mi esposa o con el scout para decirles que había llegado. Le pedí a un muchacho que iba a mi lado que me hiciera el favor de prestarme el teléfono para hacer una llamada. Me lo dió. Lo intenté, pero la llamada no salió.

Cuando llegué a migración era un poco antes de las seis de la mañana, no había fila de gente. Estaban todas las taquillas libres. Se veían cuatro funcionarios activos esperándonos. Elegí el de la taquilla uno. La atendía un señor como de sesenta años. Caminé nervioso, pero firme. "*Buenos días*", me dijo muy atento, "*Bueno días*", le contesté. "*Su pasaporte, por favor*". Se lo pasé como si aquello fuera un libro sagrado. "*A qué se debe su visita*" me dijo con voz serena. "*Vengo de turismo y de academia*" respondí rápido. "*¿Tiene*

cartas de invitación?". "*Sí, ya se las paso*", le entregué las tres cartas que tenía. Él revisó una a una con detenimiento. A lo que me dijo. "*Ah, entonces ¿usted es filósofo?*". "*No, soy escritor, profesor universitario y dirijo una revista de semiótica*", le dije para ubicarlo. "*Está muy bien. Si viene a escribir algo sobre este país, le recomiendo que lo haga sobre las pirámides, ahí hay una gran fuente de conocimiento*".

"*Una gran fuente de conocimiento*", aquella frase me sonaba a otro portal donde las luces aztecas se abrían al compás de una serpiente mágica que flotaba sobre la punta de la pirámide. Miré en los ojos del señor a un cómplice de mi destino. Tenía a mi familia, a mi mujer y a mi hija a pocos metros: "*Una gran fuente de conocimiento*" se me convertía en una extraordinaria manera de volver a pisar la tierra.

Los ojos del señor, con sus lentes puestos, miraban la pantalla de su computadora. Volví a la realidad. Agarré los papales y el pasaporte que antes me había pedido. Entonces dijo: "*Bienvenido a México*".

Pasa una muchacha llorando. Parece que la mamá no responde, no se acuerda de nada. Hay mucho alboroto. El coordinador de la pista está pálido, conversa sin precisión con todo el que le pregunta por lo que pasa. El Muchacho Cerbatana y el Tío, como pueden, sientan a la señora en los banquitos. Le pasan una bebida caliente. De sorbo en sorbo, va volviendo en sí.

Cuando paso cerca de los demás me fijo que tengo algo distinto a ellos. Debe ser la influencia de venir de un sol distinto, aunque sea el mismo. Pasa una ráfaga de viento. Me acomodo la bufanda para protegerme la garganta. Dayana pasa rápido y le digo que debe abrigarse mejor, pero ella hace unos ademanes, creo que no entendió lo que dije. Va en una rápida vuelta, checando que todo esté en orden. Lucero ve el árbol de Navidad como hipnotizada.

Lo primero que hice fue buscar trabajo en un restaurante por los alrededores del Zócalo de Puebla. La idea desde que llegué era ayudar con los gastos de la casa. Le dejé mi currículo a la cajera. No tenía nada que ver mi formación con la oferta que hacían, pero la chica me dijo que el currículo era un requisito obligatorio, además que le llevara un recibo de agua o luz y una copia del pasaporte.

Esa misma tarde me hizo hablar con el encargado del negocio. El muchacho me realizó una breve entrevista. Me dijo que mañana me espera con un pantalón negro, una camisa blanca y un mandil. El mandil no lo tenía y estaba buscando trabajo, precisamente, porque no tenía dinero para comprar nada. Él me respondió que el mandil no importaba tanto, pero que me afeitara la barba. Estaba dispuesto, con tal de ganarme lo poco que pagaban, trabajando desde la cinco de la tarde hasta las tres de la madrugada.

Ese mismo día salí a comprarme una camisa blanca de mangas largas, la más barata que consiguiera por el mercado de la dieciocho. Pregunté en nueve tiendas distintas, la más barata para mí era cara. Hasta que

una chica me dijo que tenía una muy económica, con desperfectos en la costura y una mancha a un costado. Después de regatearle el precio, que era muy poco, casi me la regaló. Cuando llegué a la casa, le conté a la familia que había conseguido trabajo en un restaurante, pero que me tenía que afeitar. Antes que pasara el calor con el que entré, me metí al baño y con una hojilla que tenía mi esposa para depilarse las piernas, empecé aquel calvario.

Al otro día, me presenté a las cinco de la tarde. Le pasé a la chica la fotocopia del pasaporte y los recibos que me había pedido. Vi que su función de cajera era también la de una cámara viva, que iba grabando lo que pasa en ese ancho pasillo. Llamó a tres personas para que checaran que había ido y me dieran las recomendaciones sobre lo que tenía que hacer. En eso, el muchacho con el que había hablado el día anterior me dijo: "*Amigo, recuerde que yo le dije que trajera, pantalón negro, zapatos negros, la camisa blanca y el mandil*". Ya empezamos mal, fue lo primero que se me pasó por la cabeza. Le dije que el mandil no lo traía, que él ya lo sabía, de los zapatos él no me había dicho nada, y esos grises deportivos que llevaba puestos eran los únicos que tenía. "*Entonces, amigo, es mejor que se devuelva, y si quiere, cuando tenga todas las prendas que le digo venga de nuevo, pues son órdenes de la empresa*".

Lo vi como el hombre arrogante que te dice con una sonrisa una sentencia maldita para quedar bien. El mundo se me deconstruía. Vi como las sillas y las mesas se desintegraban, una de las mesoneras no me miraba a los ojos porque ya sabía lo que estaba pasando. La carne se podría, las frutas se caían, empecé a darme cuenta de que la tarde se convertía en un amasijo de colores raros e impuros. En mi mente escuchaba una nota musical alta sostenida, un espacio y tiempo extraño. Le iba dando

sentido a *La Gramatología* de Jacques Derrida, mientras aquel pedazo de restaurante se desintegraba en sus propias partes.

Salí del negocio sin los pesos que pensé ganarme, sin barba, con una camisa blanca de manga larga nueva, con la pena de devolverme a la casa sin nada en las manos. Entonces, me senté en las bancas del Zócalo, a pasar la frustración. No aguanté tanto de darle a la mente y decidí volver. Al entrar mi esposa miró el reloj y luego a mí. Les dije que antes de empezar el trabajo ya me habían botado. No sé por qué, pero todos se rieron.

Como tanto me insistía mi esposa, en las primeras semanas de haber llegado, que debía trabajar en lo que fuera; esta vez bajó la guardia y abrazándome me dijo que no me preocupara, que seguro ese trabajo no era para mí, que ya vendría algo mejor. Así lo pensé en esa onda de autocompasión para espantar lo sucedido.

Los niños tenían hambre. Les preparé unos huevos fritos con unas rebanadas de pan. Al rato, después que comimos, vimos una película. Era de noche y debíamos dormir. Al apagar la luz veía cómo de mi rostro sin barba emanaba una luz fluorescente sobre aquella fría y húmeda habitación.

Dayana busca a Lucero que sigue entretenida viendo el gran árbol de Navidad. Señala las bambalinas y hace gestos como si estuviera regañando a Santa Claus porque no le trajo el regalo que había pedido. Dayana la deja quieta en aquella conversación secreta con su amigo.

Escucho a Lucero pidiéndole al árbol de Navidad que le conceda el deseo de unos patines. Remata su plegaria: "*Santa Claus ayuda a mis padres*". La niña está concentrada en la última punta del árbol. Me quedo mirándola y luego voy hacia las estrellas en el cielo, indican el mismo patrón de todos los diciembres. Al bajar la cabeza las constelaciones brillan en la escarcha, se vuelven polvo y hielo. Es como si las estrellas juntas y compactas están a mis pies en este piso frío por el que paso.

Después que caminé tantas cuadras por el centro de Puebla me perdí. Llegue a una avenida larga. Miraba de un lado a otro como si nunca fuera a conseguirlo. Les pregunté a unas señoras y muchachas dónde estaba, me miraron raro, me esquivaron y apuraron el paso. Desconcertado ante su reacción, seguí más lento, buscando en los ojos de los transeúntes al indicado para una respuesta exacta.

Hacia mí venía un señor de avanzada edad, con una chaqueta marrón, un pantalón caqui, flaco, un peinado engominado como los que usaba Carlos Gardel. Me llamaron la atención sus facciones indígenas. Le pregunté si el mercado quedaba por allí cerca, me dijo que no, que era para el lado contrario de donde venía caminando. No me quedó de otra sino hacerle caso. Me dijo que él pasaba por ese lado, si lo acompañaba me indicaría por donde iba cruzar, trataría de dejarme lo más cercano posible. El señor resultó ser un jardinero de setenta y cuatro años. Me contó que todos los días buscaba como fuera posible el sustento, pero hoy, durante la mañana, iba a tramitar su partida de nacimiento, la necesitaba para que le pagaran la pensión y

debía llegar hasta La Casa de los Abuelos.

El jardinero me dijo que la crisis económica en México era cada vez peor, las pensiones no alcanzaban, los viejitos debían trabajar porque si no, se morirían de hambre. Me relató la historia de cómo le habían quitado los ceros al valor de la moneda actual, según su lógica, el Gobierno no encontraba cómo sumar cantidades tan exorbitantes. Aquello de quitarle los ceros a la moneda inmediatamente me recordó el cambio que hizo el Comandante Supremo, y duró, lo que él estuvo en vida.

Cuando hablaba no se me quitaba la idea de lo que sufría la economía venezolana, ahora, proyectada en México. Pensaba que eso también podría ocurrir, o, mejor dicho, nos podría volver a ocurrir y me tocaría vivir dos veces la debacle de una moneda estrangulada por las mafias de los que manejan la economía. El discurso del jardinero me dejaba perplejo por la claridad y la sencillez de cómo lo exponía. Su cara me generaba la sensación de un momento profético, parecía que desde hace mucho tiempo estaba esperando una conversación conmigo.

"*¿Ve ese edificio de dos pisos que está allí en la esquina?, ese es otro mercado*" señaló, "*pero usted no va para ese*". Cuando vi la edificación me quedé sorprendido porque me di cuenta de que ya había estado ahí. "*Maestro, yo he ido a ese mercado, estuve en un sueño que tuve hace unos años atrás y lo recuerdo clarito*". El jardinero me miró y sonrió. Volví los ojos a la edificación. Le indiqué que no era el momento para entrar. Tenía la piel de gallina. Había soñado con ese lugar, incluso con el par de vendedores que tenían sus puestos en las afueras vendiendo chucherías. Era volver al instante de un tiempo que me había mapeado la memoria, un lugar, en lo recóndito de mi cerebro que jamás pensé encontrar.

El jardinero me iba relatando que era oriundo de

Puebla, había visto la trasformación de lo rural hasta lo que se había convertido la ciudad. Su medida del desarrollo la vinculaba haciéndome hincapié en que caminara por el lado izquierdo de la acera, porque si iba muy pegado a los locales comerciales, tal vez, estaría alguien cazándonos para robarnos.

Caminamos tres cuadras más y se despidió de mí. Él seguía al comedor de ancianos, donde les daban comida gratis. Nos dimos las manos como si fuéramos amigos de siempre. Pude ver en sus pupilas un sesgo de felicidad y aceptación de la muerte. Una muerte tranquila, en su casa, rodeado de seres queridos.

Con humildad me indicó que caminara por la calle ocho hacia abajo y que luego, cuando me consiguiera con los paraguas azules por la cinco sur, girara a la izquierda. Allí encontraría las verduras que andaba buscando.

Las estrellas se van moviendo, crean pequeñas olas casi imperceptibles. Son como escarchas de la memoria. Voy en su búsqueda. Acelero. Son mías, quiero tocarlas, que me lleven a otros mundos, a otras pistas en diferentes estados del líquido. Conocer con ellas otra forma de vida. "*¿Papá qué haces?*", dice Lucero, mientras voy rozando con la mano, el piso de la pista.

La veo sentada sobre el hielo. Le digo que vayamos un rato para las bancas, que descansemos. Lucero me dice que no. Ella está agachada porque juega con un pedacito de hielo que se soltó de la pista. Llega Dayana. Le digo que estoy invitando a la niña a salir un rato, pero que no quiere. A Dayana la llaman para resolver un asunto. Se va disparada. Le insisto a Lucero. Ella sigue diciéndome que no, que no y no. Me voy. La dejo jugando con el pedacito de hielo. Antes de arrancar, le advertí que no se lo fuera meter en la boca.

Ayer en la mañana fui hablar con la maestra de mi hija. Es una señora educada, debe tener unos cincuenta y siete años. Me dijo que el director no sabía qué hacer con el problema de la niña. Aún no sabía de qué problema me hablaba. Era la primera vez que iba a su escuela. Me fijé en la construcción antigua de dos pisos, con un gran patio en el centro, de pasillos largos y anchos, con las típicas puertas y ventanas grandes.

Me distraje en la construcción. Volví con la maestra. Me recalcó que de la niña en su expediente solo tenía la partida de nacimiento legalizada y apostillada, pero no era suficiente con eso. No sabía cómo iba hacer para el siguiente año, porque no cumplía con los requisitos mínimos para registrarla legalmente en la matrícula. A pesar de lo que había hecho para llegar, me sentí migrante. Mi hija, el gran reflejo de la ilegalidad.

Le comenté a la maestra que mi esposa estaba moviéndose con el papeleo, buscando la residencia, pero que tuviera paciencia porque era un trámite engorroso en el Instituto Nacional de Migración, calculábamos que

antes de que terminara el período escolar ya lo tendría.

Al contarle eso a la maestra ella asintió. Comprendía por lo que estábamos pasando. Cuando terminamos de hablar miré a mi hija como una extranjera. Una niña, cuya edad la ayudaba a una integración escolar casi instantánea.

A la semana siguiente fui al Instituto de Migración. Hacía poco tuve el atrevimiento de postularme para un trabajo en una universidad, pero con el permiso de turista, no debía hacer nada que implicara ganar dinero. Sé que, por la cuestión de la ilegalidad, no me aceptaron. Pregunté en la ventanilla de información cómo haría para que me dieran un permiso temporal de trabajo. Con la respuesta y la gran cantidad de papeles que pedían, era un fracaso anunciado. Probé la dosis letal de ser extranjero.

Caminaba por la avenida Reforma, hacia abajo. Pensaba en esa doble relación de que algo es tuyo pero que en realidad no lo es; que las leyes te favorecen poco, que el Estado tiene un control de las cosas, que debo aceptarme como extranjero y no con la romántica idea de ciudadano del mundo, que el sol y la naturaleza son nuestros, pero la economía y las instituciones no.

Seguí hasta la casa con una extraña sensación. No hallaba un sentido, tenía ganas de llorar atrapado a un país, a una ciudad, a un lugar, que no me pertenecían. La vida me cobraba algo y no sé qué era. Ir a la migración era morir otro poco. No me quedaba de otra, sino seguir entregado al hogar, a los hijos, al gato, a limpiar el patio, lavar la ropa, ser el casero mientras tuviera un permiso para salir a encerrarme en otro lugar de trabajo. También debía moverme porque ya no me quedaba mucho dinero.

Ahora Lucero tiene dos pedazos de hielo con los que juega

como si fueran carritos o motos. Sé que es algo que tiene que ver con un vehículo porque está haciendo sonidos y a veces los impacta entre ellos. Me agacho. Agarro un pedazo de hielo con el que está jugando y hago sonidos como si fuera un tráiler tocando corneta. Lucero se ríe y me dice, que son dos bicicletas, pero que ya no tienen ruedas.

Lucero me pide dinero. Le digo que lo guardo para comprar comida cuando salgamos. Ya debe tener hambre. "*Mírame*", le digo evadiendo su pedido, dando unas piruetas raras. "*Eeeeeso, papá*", pone una cara cómica mientras frunce el ceño. "*Papá, dale lo más rápido que puedas*". Lo quiero hacer, pero si me llevo a alguien por delante será peor. "*Voy a intentarlo, pero no tan rápido*", creo que su antojo se va a otro lugar de la barriga.

Por la mañana temprana no oigo a los pájaros con la misma fuerza que en Barquisimeto. Es extraño pararse, caminar por el patio de la casa y recibir el sol sin los escandalosos cantos. Mientras voy regando con agua unas matas de sábila, se posa frente a mí un pájaro largo, en la cabeza tiene pocas plumas, a veces canta con ritmo y otras veces discontinuo. Me impresiona. De pronto, me quedo mirándolo fijamente y él a mí. En segundos empiezo a ver que se va metamorfoseando. De las alas salieron brazos, de las patas las piernas y pies, de la cabeza y pico una cabeza pelona grande y en los ojos llevaba puestos unos lentes, del cuerpo esponjoso y plumífero salió un torso flaco con un traje de saco y pantalón gris, de camisa blanca, corbata negra y con los pies descalzos. Al terminar aquella transformación era el mismísimo Michel Foucault.

Pasó casi un minuto para poder comunicarse bien, mientras lo intentaba, no pronunciaba palabra sino que le salía un canto de pájaro mezclado con unas consonantes, como si viniera de otro lenguaje, hasta que recuperó el habla por completo. Me dijo que tenía una cuenta pendiente conmigo. Sorprendido, pero con una calma como si eso

me pasara todos los días, mi reacción fue ofrecerle una taza del café, que tenía recién colado. Lo aceptó. Caminó por el patio observando la pared que se cayó cuando fue el terremoto. Revisó las piedras, sacaba unas cuentas porque iba sumando con sus dedos.

Le doy la taza de café y me sirvo otra para mí. El aroma queda en el aire como dándole sentido a los espacios invisibles. Le pregunto qué hace en mi casa. Me dice que viene a darme unas pistas para que termine de entender, de una vez por todas, que lo que estoy escribiendo en la novela es un asunto de poder. Moví la cabeza estirándome el cuello. Lo veo actuar lento, como si estuviera calculando las palabras que me iba a decir, como si las cosas a partir de allí tuvieran otros significados. Caminó por los alrededores del patio con la taza de café en la mano y comenzó:

"Ahora bien, en lo que llevas escrito te has dado cuenta de que el poder es múltiple, es importante que te fijes que va en todas las direcciones, tanto de arriba hacia abajo como de abajo hacia arriba. Todas las circunstancias y acciones que vas expresando son movibles e inestables, siempre será una lucha y una disputa constante entre una fuerza social y otra, por eso te das cuenta de cómo te van apareciendo alianzas y estrategias para garantizar que puedas terminar la novela, pero no te preocupes, que eso no durará mucho tiempo.

La gente poderosa de los Gobiernos que mencionas, lo que hacen es ejercer el poder, si te gusta o no, eso es problema de cada quien. Ese problema aparece porque el poder es una relación y toda relación es de poder, además que es asimétrico. Creer que todo en la vida está justificado podría salvarte en ocasiones, pero hay argumentos que expresan desigualdad, desequilibrio y eso los hace interesantes porque no hay una sola posición en el asunto, como si esto que haces fuera un tratado sobre la verdad absoluta, que además, no existe".

Miro a Foucault sentarse en una silla vieja que estaba arrumada cerca de las sábilas. Yo busco otra. Empiezo a darle sentido aquel laberinto. Las ideas que me soltó las voy conectando con la historia que iba haciendo. Su mirada se me hace como los ojos que me persiguen cuando me conecto con un ser omnipotente. Me mira como si yo fuera uno de los seres por los que tanto luchó para protegerlos.

"Tienes que asimilar que toda relación es de poder, en todos los campos de la sociedad. Además, siempre es intencional, porque busca determinados fines y objetivos, fíjate en lo que pasa en Venezuela, en Colombia, en México, por solo nombrar a los países que estás incluyendo. Donde haya poder siempre habrá resistencia, porque la resistencia es la contra cara del poder. La oposición, los personajes adversos, el discurso a favor y en contra de una misma situación, el Estado represor y los ciudadanos queriendo ser libres. Allí están expuestas las categorías que te digo, y por eso vine hasta aquí, porque después de muerto he tenido que aprender a convertirme en lobo, serpiente, oso, pantera, león, por estos temas que parecen nunca acabarse. La codicia del hombre parece infinita. Además, el poder no prohíbe, más bien posibilita determinadas prácticas y determinadas subjetividades, saberes y placeres".

Se escuchan muchos cantos de pájaros regados por el patio. Sube la mano a su mentón, como tratando de precisar lo próximo que me va a decir. Yo no digo una sola palabra, porque decir algo, sería darle otro matiz al asunto. Lo que iba comentando teóricamente se aplicaba; veía más claro la gravedad que significaba el uso y abuso del poder, la imposición.

"*El poder produce verdad, entre otras cosas lo establecen las formas jurídicas, produce sujetos prácticos, verdades que se avalan y se sostienen dependiendo del bando por donde se*

esté mirando, el poder y la verdad, tratan de estar unidos, porque la verdad es una forma de poder, y esto va a depender de los discursos, de quien los enuncie, de cómo los hagan, de qué persiguen, siempre tus personajes van a creer que tienen la verdad, como pasa en la vida misma".

Michel Foucault se levantó de la silla. Caminó de nuevo por el patio mientras lo seguía con la mirada. Arriba de su cabeza, tenía una luz azul. Volvió hacia mí y me entregó la taza vacía. La sujeté con mi mano izquierda y de pronto empezó a silbar. Llegaron al patio pájaros de otro tipo, especies que nunca antes había visto. Cada vez eran más, de diversos colores, que se paraban sobre él. Por un instante vi como volvía a convertirse en pájaro, hasta que se fue volando con bandada.

Entré a la casa sin hacer ruido. Me asomé a la ventana para ver si había vuelto. El frío se puso más intenso. Busqué mi chaqueta gruesa. En el patio quedó la perrita tiritando de frío.

Las luces de la pista nos pegan directo al rostro. Parece una escena de película, donde una niña es torturada por la imposibilidad de que su padre le compre lo que a ella se le antoja. Cuando la mente me va llevándome por un hueco oscuro, dejé de pensar. Como hacen los místicos proyecté, en el centro de la frente, que para mañana nos daríamos el gran banquete.

El coordinador de la pista me hace una seña. Voy de un envión. No sé qué pasa por su mente, pero me pregunta que por qué he elegido a Puebla para venirme a vivir si el mundo era tan grande y había ciudades tan hermosas en la República de México. Le hago saber que ahorita estoy bien aquí. Si me sale algún buen trabajo donde sea, no lo pensaría dos veces para irme.

Había insistido varias veces, pero el dueño de la fábrica me decía que me devolvería la llamada para ponernos de acuerdo. Supe que le preocupaba mi situación. En varias conversaciones le dije que yo podía hacer lo que fuera. Ya su nieta me había advertido que allí hacían esencias artificiales de vainilla, nuez, mantequilla, nata cremosa, materia prima para la panificación y la repostería. Desde que llegué a Puebla había estado entusiasta con esa chamba, porque era algo entre nosotros, sin que me fueran a pedir los papeles. Además, que ya había pedido trabajo en varios locales, pero no me aceptaban.

Un mes después lo volví a intentar. Esta vez cuando me atendió me dijo que estaba manejando, que me devolvía la llamada y en la próxima hora no me llamó, ni en la semana siguiente. Una mañana me fui para la casa de Don Demente, un amigo poeta que necesitaba a alguien para que le quitara del techo el manto asfáltico viejo. Si lo quería hacer me pagaba cuando ya estuviera escombrado. Quedamos que al otro día arrancaríamos.

Esa tarde, cuando llegué a la casa, mi esposa me dijo que me había llamado el dueño de la fábrica, a partir de mañana empezaba a trabajar. Le pidió disculpas por

no haberme marcado antes, pero se le había enredado la vida con los asuntos de su negocio. Por un lado, me alegré porque había conseguido algo estable, por el otro, me daba pena no poder ir a lo de la construcción en la casa de Don Demente. Lo llamé explicándole la situación, me dijo que él lo hacía o buscaba a otra persona.

El dueño de la fábrica le dijo a mi esposa que mañana me venía a buscar un chofer en el Parque del Carmen. A las nueve y media de la mañana debía estar allí. Sentí un escalofrío por empezar otro trabajo tan distinto a lo que hacía en Venezuela. Se me abría una puerta gigante en el reino de los cielos, y el patrón era como si fuera un santo.

El chofer me recogió a la hora pautada. Desde que me monté fue una bienvenida larga, un cordial recibimiento que no me esperaba, además de que mientras rodábamos me explicaba con detalles cómo tenía que hacer con el transporte público para cuando me fuera solo. Por la ventana del copiloto, iba conociendo otra parte de la ciudad, tan distinta a la del centro. Veía elevados, avenidas largas, colonias pegadas unas de otras, muchos carros, centros comerciales. El sol sobre el volcán, con una capa de nieve en su cuello. Antes de llegar, Benito, el chofer, me dio las coordenadas de por dónde íbamos. Cuando pasamos el estadio de fútbol se abrió un abanico de fábricas y cruzando las calles llegamos a la nuestra. Al estacionarse, señalando con el dedo me dijo: "*ahí está el patrón, en el camioncito*".

Me le quedé mirando como un feligrés queda descolocado en oración ante la figura de Cristo. Bajé del carro y fui a presentármele. El patrón se bajó, me dio la mano y me dijo: "*pásale*". Cuando caminábamos me hizo saber que ya le había hablado a la contadora y a su hijo, el segundo a bordo de la fábrica, sobre las instrucciones de lo que iba hacer. Llegando a la entrada de su oficina dijo con

voz gruesa al personal que estaba cerca: "*Él va a trabajar con nosotros una temporada*", así como habló se fue.

El hijo del patrón llegó a saludarme, a decirme que ese trabajo era muy distinto a mis trabajos de antes, porque había revisado mi currículo. Allí era más operativo. Cargar y descargar el camión. Ayudar con la producción de las esencias. Cortar y pegar cajas. Llenar potes, taparlos. Salir a entregar mercancía. Su papá le había dicho que me apoyarían y tendría permisos especiales, para que en el futuro próximo, consiguiera un trabajo más acorde con lo que hacía en mi país.

El pulso me latía a prisa. A mi segundo mes de haber llegado tenía un primer trabajo rutinario, estable. Días antes había propuesto dar unos talleres de crónica con el instituto de cultura, y otro, en una universidad, pero aún no era nada seguro. El hijo del patrón, además de mostrarme cada espacio de aquella fábrica familiar, me iba llevando adonde estaba una máquina que le daba forma a los pedazos de cartones. Después de una breve charla en la que me preguntaba sobre Venezuela, la situación, mi familia y el viaje, le dio instrucciones al Niño de Oro, para que me enseñara cómo se hacían las cajas.

El coordinador de la pista no se despega de mí, sigue preguntándome cosas. No termina de entender por qué Venezuela seguía tan mal. Pasa una muchacha como de veinte años cerca de nosotros y se cae. El coordinador sale disparado a socorrerla. Aprovecho el momento. Me voy donde Dayana que habla con Verónica. Las interrumpo. Me doy media vuelta. Sigo.

Vuelta 17

El Tío vuelve a entrar en la pista a checar que la parte que se había estado descongelando estuviera bien. Entra sin patines, camina poco a poco como los pingüinos. Se agacha. Toca el piso varias veces. Levanta la mano al Muchacho Cerbatana en señal de que todo va bien. La gente dentro y fuera de la pista lo mira. Se devuelve con cuidado, sin embargo, se resbala y cae patas arriba. El Muchacho Cerbatana y los otros trabajadores le gritan, se burlan. Él también se ríe cuando intenta levantarse.

Puebla se va abriendo, entre el sonido del transporte público y el humo de una panadería cercana. En este cielo predecible, las luces se configuran programadas de negro a gris y luego un blanco azuloso; a veces, por la tarde, cerca del volcán, que logro ver desde la azotea del edificio y del pequeño balcón del apartamento, espero que la luz de la tarde traiga alguna sorpresa crepuscular. Puebla se va abriendo, como las piernas de una mujer que a esta hora deja que el gallo pique en la divina herida de todos los tiempos, con lenguas atravesadas en las plazas, en las calles, en las aceras, en los rincones. La gente en México usa su lengua para pronunciar, amar, meter en problemas a más de uno. Lengua con saliva espesa, no hay freno, ni tiempo, sensación y de nuevo lengua que saborea otra lengua, labios, puerta adentro de otro cosmos, sonrisa final que confabula el destino, luego todo se vuelve drama. Llega la muerte y cae encima, atropellada por el salvajismo del hombre que usa su lengua como un instrumento inefable. La lengua que corta y se vuelve filo, puñal, pistola, descuartizamiento. Sangre que viaja en el temblor de las

piernas, del corazón, del piso. Puebla se va abriendo, con el eco de los muertos que vagan cerca de la catedral, con las casas coloniales y las señoras mayores atendiendo a turistas con ropas indígenas. En la calle, las muchachas de muchas partes del mundo lucen chores pequeños, de esos que tiene la esperanza de salvar a la humanidad, sus piernas parecen un gran collage en un performance, que se pierde con el paso de la brisa fría que se lleva la arena, la sal y el granizo. Puebla se va abriendo, con el sonido de las campanas de la iglesia, con el despertar de las europeas que vienen a pasar sus vacaciones de gozos, otras más devotas vienen a rezar sobre las vivas sábanas, donde se revuelcan en un altar de albercas llenas de cervezas y santos. Puebla se va abriendo, con los estudiantes de un futuro que se desintegra solo, deberían ayudarnos a detener lo que se aproxima: el hielo que vendrá del norte, el agua del golfo que un día se desbordará, los rayos del sol que nos dejarán en el rostro una cicatriz en forma de luna. Puebla se va abriendo, con el té que reposa sobre la mesa, con la casa del frente y la débil cornisa que se cae cuando llega el terremoto. Se va abriendo, con una sábana oscura sobre nosotros, con una nueva luz para los incautos. Es tiempo de tocar el verde de la montaña, en la distancia.

Cuando el Tío sale por la puertica los muchachos lo esperan para burlarse. Se le tiran encima, parecen cachorros jugando con el perro padre. El Tío sería y muestra los pocos dientes que le quedan. Ellos lo empujan, él los empuja. Se nota que entre ellos han creado códigos de confianza; códigos de respeto donde prevalece un juego serio, sin distinción de edad.

Hay un apagón de luz. Veo a Dayana salir disparada a buscar a la niña. Yo también me muevo rápido. A estas alturas de la noche uno no sabe qué pueda pasar y menos en México, donde lo del rapto de niños es cosa seria. La gente queda descolocada, sobre todo los que no saben patinar se aferran con miedo a las barandas. Raúl empieza a gritar y dice que se queden dónde están, queda prohibido deslizarse. Se oyen gritos de adultos llamando a familiares. Tengo a Lucero en la mano. Dayana sale rápido ayudar a los demás que se sienten desprotegidos. El Tío se mueve rápido de un lugar para otro. La plaza está oscura.

Shiva salió de Puebla cuando recién cumplía los dieciocho años. Le pagaron a unos señores que la llevaría a ella y a su novio a cumplir el sueño de muchos mexicanos. La travesía duró tres días. Salieron del Aeropuerto Benito Juárez hasta Sonora. Luego los llevaron en una combi hasta una montaña oscura y solitaria por la frontera con Estados Unidos donde escuchaban el aullido de los coyotes como si los tuvieran a cinco metros de distancia. Allí bajaron a los quince pasajeros que emprendían su nuevo destino.

Debían cruzar a pie durante la noche hasta la madrugada aquellas montañas y llegar a una cabaña solitaria en la inmensidad de un terraplén con muchas serpientes. Allí los esperaban otras personas para llevarlos a una cabaña donde se bañarían, comerían, descansaban un rato,

y por la tarde, se embarcarían en otra combi que los dejaría en Phoenix. De ahí en un bus a los Ángeles. Aunque el destino final de ellos era Nueva York.

Mientras hacían la travesía caminando, Shiva estaba alerta de los coyotes y los oficiales. Todos iban juntos apenas alumbrados por una linternita que era mejor no prenderla, para que nadie de la patrulla fronteriza les siguiera el rastro. En una de esas, cuando llevaban casi dos horas seguidas de caminata en plena oscuridad, se dieron cuenta de que una de las mujeres que venían con ellos se había quedado rezagada. La chica iba a Phoenix a reencontrarse con su hermano que no veía desde hacía diez años.

El muchacho guía indicó al resto del grupo que lo esperaran debajo de un árbol grande. Se fue trotando a buscarla. Cuando llevaba veinte minutos se dio cuenta de que el cuerpo de la chica estaba despedazado por los coyotes, quienes seguían masticando algunos pedazos del cuerpo. Cuenta Shiva, que el guía sintió que también se lo iban a comer a él, pero como los coyotes estaban entretenidos, se devolvió con mucho cuidado para que no lo fueran atacar. Cuando llegó, con la respiración agitada y contando aquella historia, el grupo entró en pánico. La única forma de llegar era acelerar el paso y tratar de no despegarse ninguno del otro, ya solo faltaba una hora para llegar al refugio. Shiva sabía en lo más profundo de su ser, que a ella no se la iba a comer ningún coyote, lograría su objetivo; sin embargo, estuvo pendiente paso a paso hasta que llegaron amaneciendo. Muchos de ellos llorando.

Escapada de la casa, ahora con su novio entre aquellos grandes edificios de la Gran Manzana, se burlaba de los demonios que la perseguían en Puebla, me dijo Shiva, mientras trabajábamos pegando cajas en la fábrica, que luego de haber pasado el episodio de entrar sana y salva a Estados Unidos, lo que más recordaba con gusto eran las caminatas por el *Central Park*, donde había una pista de hielo: "*se veía todo tan bonito con el frío decembrino que*

era como estar en una película", además de la sensación de vivir en carne propia el amor, agarrada de la mano a las diez de la noche, besándose desenfrenadamente, mientras la nieve le caía en su cara y rebotaba en la ropa.

Sacó el celular. Me mostró una fotografía que le tomó el novio en aquella época. Se veía con un gorro negro, una bufanda roja, unos pantalones ajustados y una chaqueta negra gruesa mientras jugaba con la nieve, con una sonrisa medio ingenua que le generaban las palabras seductoras de aquel hombre mayor que ella por trece años, el que sería su primer amor. Durante aquella temporada, le apostó a trabajar y soñar con vivir una vida de comodidades y lujos, en la que pudiera intercambiar una que otra palabra con actores famosos; pero la vida se encargaba de mostrarle la cruel realidad.

Recuerdo claramente el día que me lo contó, fue temprano, empezando las labores. Asumí que me interesaba ese viaje, que de alguna forma era el espejo de lo que yo estaba haciendo y el reflejo de lo que mucha gente de México no ha podido cumplir, aunque otros sí. Seguíamos pegando cajas. Pronto había que empacar las vainillas que se iban a trasladar en un camión grande al mercado de mayoreo en la Ciudad de México. Ella de mano rápida iba colocándole al cartón la pega por los bordes. Me llamaba la atención como mágicamente ensamblaba aquello. Le colocaba unos potes rellenos de cemento para hacer el peso, y en la contrafuerza entre los cartones, se hacían las cajas. Yo la imitaba, pero más lento.

Aquella historia de los coyotes devorándose a la muchacha que no pudo ver a su hermano no me dejaba tranquilo. Siempre quise saber más sobre el asunto, pero cada vez que le preguntaba ella abordaba otro punto de su viaje. Por un momento llegué a pensar, por qué era

ella quien me contaba sus pericias y no la muchacha despedazada por los coyotes.

A la semana siguiente, cuando nos mandaron de nuevo a hacer cajas, prosiguió su cuento. Al año y medio de trabajar en un bar, cerca de la quinta avenida, atendiendo mesas y sirviendo tragos en la barra, salió embarazada. Durante los primeros meses de gestación no podía dormir, además le atormentaba la idea de que se había fugado de la casa. Empezó a darse cuenta de la falta de destrezas y pocas habilidades de su novio para salir adelante, pues lo veía miedoso para las exigencias dinámicas de una ciudad como Nueva York.

Un día no aguantó más y llamó a su casa. Luego de aquella conversación decidió entregarse a migración. Lo que parecía paradójico de aquel relato, era que Shiva vivía enfrente de la fábrica, y el destino, la volvió a escupir al mismo punto de origen de cuando tenía los dieciocho años. Caminado por la misma acera, pero ahora con el porte de madre, amante, gozosa, con varios novios e hijos encima y medio *dark*.

Dentro del cuarto de producción ya empezaba a oler a vainilla. El olor se apoderaba de las calles contiguas, la gente del vecindario convivía con ese aroma que se dejaba colar por las rendijas de las ventanas y hasta en sus corazones. De pronto se escuchó una voz: *¡Shiva*! Mientras caminaba, me la imaginé cómo sería con su cara de rasgos aindiados aquella muchachita medio virginal que llegó a la Gran Manzana en búsqueda de otra experiencia. Al moverse, era imposible no voltear y verle sus grandes nalgas que siempre lleva envueltas en un jean ajustado, de pechos pequeños pero desgastados por los tres hijos de padres distintos, y con treinta y tres años sobre su maquiavélica mente.

Despegó a paso lento. Debía atender a la jefa de producción. Sospeché que nos vio conversando y no le gusta que uno se comunique para tratar otras cosas, que no tengan que ver con las actividades de la fábrica. Seguí pegando cajas.

Pasan siete minutos y llega la luz. La gente aplaude. Hacía tiempo que no escuchaba esa celebración durante los apagones que ocurrían con regularidad en Barquisimeto. Es como si todo volviera a comenzar. Los niños son los primeros en soltarse de las barandas, salen a recorrer el mundo que se sujeta a las vueltas continuas que dan con estos: "!*siete minutos de más!*" grita el coordinador de la pista. Supo el Tío que los técnicos de la tarima, a un lado de la pista, generaron un corto circuito. Lucero no se despega de Dayana, cree que se puede volver a ir la luz.

Vuelta 19

Pasa una brisa con neblina. Lucero intenta atraparla.

Hacía calor. Era mediodía, me tomaba una cerveza en el apartamento donde recientemente nos mudamos. Dos días atrás cumplió años mi hija y esta vez celebro solo. Salí al pequeño balcón y miré a lo lejos el volcán. El sol arreciaba. No me quedaba de otra que entrar de nuevo y tomarme otra cerveza. Al servirla en una jarra de vidrio, se me ocurrió revisar el Facebook. Al ver en la pantalla el recuadro "*¿qué estás pensando*?" justo en ese momento vi, que tenía a mi lado izquierdo, una pequeña plantita con dos rosas secándose. La agarré y la puse al lado de la computadora como escaneándola. La repasé una y otra vez, viendo como cada una de sus hojas ya no eran las mismas que cuando llegaron. Palidecían, perdían el rojo original. Entonces coloqué en el recuadro:

Lo que me duele de la rosa al marchitarse
es que no sé
si viene otra rosa en el mismo tallo.

La cerveza se me acabó. Fui a la bodega por otras. Seguí por la tarde pensando en la plantita. Como todo domingo no había mucho que hacer. Casi cayendo la noche quise irme a dormir temprano para la rutina del otro día, pero tenía una sensación tan extraña por culpa de las rositas secándose que me sentí solo. Recordaba a mi familia. Me dio una nostalgia que era mejor apagarla durmiendo, antes que la nostalgia se mezclara con esa presión que ya empezaba a sentir entre el pecho y la garganta.

Al otro día temprano, antes de salir a la fábrica, recibo la llamada de mi papá diciéndome que Víctor Alonso se había matado anoche en un accidente de tránsito. Me quedé loco, me sentí vacío, me dio una cosa rara en el estómago, me imaginé de una vez el accidente, pensé en mi tía Rosa, en mi mamá, en la flor marchitándose, me dio un escalofrío por el cuerpo. No podía demostrarle eso a mi papá, porque él quizá estaba peor que yo y, debía evitar que le fuera a dar un ataque al cerebro.

Por dentro de mí, era como si la muerte de mi primo hermano me tocara un órgano vital que afectara mi sensibilidad y la visión de las cosas, se me detuvo el tiempo. Víctor Alonso muerto era una de las cosas más horrorosas que estaba experimentando desde que me fui de Venezuela. Lo que decía mi papá por la bocina lo empezaba a escuchar muy lejos, como si se estuviera perdiendo su voz hablándole directamente a la tumba. Sabía cuánto se querían, mi papá era su primer consejero, casi como un padre.

Cuando colgamos me senté en el piso, pero no me salió ninguna lágrima, no se me manifestó el dolor así. Escuchaba a mi mujer decirme que así es la vida, y varias frases prefabricadas que ella tiene para decir que estamos en la tierra de tránsito, por eso debíamos estar atentos para saber dónde vinimos a despertar en cada vuelta de nuestras propias vidas. Empecé a pensar en mi primo, era como si estuviera a mi lado, despidiéndose, aún con el cuerpo caliente, conversando sobre mi viaje y ahora sobre el suyo.

No quise quedarme en el apartamento porque me iba a poner peor. Tomé mi lunch y me fui a la fábrica, pensé que allá me distraería, pero que va, desde ese momento el recuerdo viajó por todos los recovecos de mi memoria y me invadió el trance que significaba aquel dolor para mi

familia, sobre todo para "*mi tía, mi tía, mi tía Rosa, debe estar muy mal, era su único hijo*", pensar en ella y su dolor que, en vez de ayudar, hunde.

Caminando para ir a tomar el camión lo recordé. Entrando a la fábrica lo recordé. Pasando el cartón por la máquina lo recordé. Cerrando los potes lo recordé. No había un segundo que no lo recordara, era como si en ese momento estuviéramos los dos aferrados al cariño que nos teníamos, a rozar nuestras almas en una comunicación secreta.

Ese mismo lunes de la fatídica noticia, cuando regresé al apartamento me di cuenta de que se nos había metido un ladrón. Nos robaron el dinero que teníamos reunido para pagar el alquiler, además de la computadora de mi hijastro, unos cables y otros accesorios de menos valor. Después que hablé con el administrador del edificio para contarle lo que había pasado, me senté en el mueble. Ya no pude más y lloré, lloré, lloré, porque no terminaba de entender tanta vaina junta, tanto desamparo, tanta injusticia al ver cómo la vida se iba en un segundo al saberlo muerto, al maldito ladrón que se llevó la cosas con el sacrificio que hacemos. Ahora Víctor en una morgue y mi familia viajando para Achaguas donde habían decidido enterrarlo.

Me imaginé a su papá destruido llorando por su hijo. A Luisa María, su hermana. A mi tía Rosa que lo amaba más que a cualquier otro ser en el planeta, era su veneración. Supuse el remordimiento de su papá con quien estuvo celebrando horas antes del accidente. Aquella devastadora noticia me tenía arrinconado en el mueble, imaginando su último acuartelamiento en la morgue. Para darme valor pensé que fue un escape para salir de una vez por todas de este infierno en el que se ha convertido la Tierra. Él como

una luz haciendo fila para llegar a San Pedro. Él mirando el sufrimiento de mi tía Rosa sin poder hacer nada; mi mamá se desvanecía, mi tía Blanca revolcada en las sábanas de su habitación en la casita de San Cristóbal.

Tirado sobre el mueble vi una puerta que se abría en la distancia. Era preguntarme una y otra vez el porqué. Veía el futuro negro si algún pariente dejaba este plano. Venezuela se me convirtió en un amasijo de tierra lejana; tuve miedo de otro accidente, tuve miedo de la muerte de mis padres, tuve miedo de la muerte de mi tía Rosa, hay amores que matan y creo que sin querer la estaba llevando a la tumba; tuve miedo de que le ocurriera a mis sobrinos, a mis primos, a mis tías, a mis amigos, tuve miedo de que le ocurriera a mi hija, a mi hijastro, a mi esposa.

El día del entierro me comuniqué con mis hermanas que ya estaban en Achaguas. Me contaron que lo despidieron con hermosos honores en un acto militar que prepararon sus amigos, súbditos y superiores. Víctor Alonso de cuarenta y dos años, a cada rato se me aparecía en el baño, en la cocina, en la habitación, en la sala. Después del sepelio, toda la familia por parte de mi mamá se fue a San Fernando de Apure, donde nació, se crió y yendo para allá, murió.

En los días sucesivos percibía que me seguía a unas reuniones de trabajo que tenía en una universidad. Me acostumbraba a que me acompañara, empecé a llevarlo para todos lados. Hablaba con él. Me respondía con roces energéticos, además de que justo por la fecha del día de los muertos, le puse un altar en el apartamento para que tuviera donde descansar cuando quisiera.

Me fui acostumbrando a su presencia, a la primera, la segunda, la tercera semana, hasta que un día se me apareció en un sueño. Fuimos adonde había sido el

accidente. Me dijo que el carro ya lo había arreglado, no había pasado nada. Se entretuvo mirando el celular y luego se fue durmiendo, pero que iba muy rápido. El golpe no había sido mucho, lo del carro se reparaba rápido. Al chofer del camión le iba a pagar los daños, por eso andaba buscando los datos del conductor.

Lo escuché con atención y me dio un gran alivio que estuviera vivo. Caminamos alrededor del carro. Me miraba con alegría, pero también había en sus ojos algo que no terminaba de entender, era como una señal abierta a otra dimensión, a un punto donde las cosas no tenían retorno. Yo seguía escuchándolo.

Cuando desperté, me vi alegre, había soñado algo tan real que hasta olí su perfume. Luego me puse triste. Entendí que no se había dado cuenta de lo que había pasado. Me senté en la orilla de la cama a darle orden a esos signos. Ahí fue cuando me dije que debíamos hablar.

Lucero se agacha para acomodarse los cordones que se le han aflojado. Voy a ayudarla. Aprovecho para decirle que se tape el cuello con la bufanda, no quiero que se vaya a enfermar de la garganta.

Vuelta 20

Lucero me pregunta la hora. Son las nueve y quince. "*Vamos rápido papá, a dar todas las vueltas posibles*". Le hago saber que aún falta cuarenta y cinco minutos para que esto termine.

El espacio de la mesa me parecía lo más idóneo. A las doce del mediodía fui a una licorería y compré un par de cervezas para que estuviéramos cómodos. Calculando, tendríamos una hora y media para conversar, antes de que llegara alguien de la familia a interrumpirnos. Destapé una cerveza para ti, la puse sobre la mesa en la esquina que está a mi izquierda, la otra cerveza, para mí. Empecé a contarte.

"Qué bueno que todavía estás aquí, creo que no te has dado cuenta, por eso me persigues, no sabes en realidad como moverte en tu nueva forma. ´Pero ¿qué fue lo que pasó mi primo´? Recuerdas que te dieron el cambio de región e ibas a trabajar como Comandante en Puerto Nutrias. Estuviste dos días celebrando la noticia, bebiendo como solo tú sabías hacerlo. ¿Te suena que con las últimas personas que estuviste en la parranda fue con tu papá y unas amigas, en Achaguas? Bueno, cuando cayó la noche y quisieron irse para sus casas, te empecinaste en que debías ir a San Fernando de Apure a la casa de mi tía Rosa, a una hora de allí. Agarraste tu carro, pasado de tragos, en una recta pisaste el acelerador a todo lo que daba el motor, no te diste cuenta de que del otro lado de la carretera venía un camión y le llegaste justo por el lado del piloto. Moriste en el acto. Después de muerto la gente que vive cerca del choque te desvalijó lo que llevabas, incluso la pistola que tanto querías".

"¿Entonces, por eso es que puedo viajar y andar de un sitio a otro, por eso estoy aquí en México, entonces mi cuerpo ya no es mi cuerpo?", puso los codos sobre la mesa.

"Yo sí puedo verte, pero ya no eres el mismo, eres un ser celestial, si es que te gusta verlo así. Te has elevado a otra forma de vida, ahora ya puedes descansar, dormir cuanto quieras, no preocuparte por las intrigas de tu esposa, vivir entre ríos frondosos y árboles gigantes, entre mujeres hermosas, con frutos y hortalizas, animales que serán tus amigos, es el lugar donde la paz y el amor son verdaderos, me imagino todo como salía en la revista que nos regalaban los evangélicos. ¿Te acuerdas?"

"¿Y mi mamá?, no puede ser, por eso anda tan mal, ella está sufriendo mucho, no logra verme, ¿tampoco mi tía Gladys, ni mi tía Blanca? La familia de mi papá también está angustiada por mi culpa, que vaina".

"La culpa no es tuya, la culpa es de la muerte que te sedujo y te dejaste, así que no te espantes por eso. Lo importante es que entiendas que ya no estás vivo, o que estás vivo, pero en otra dimensión. Debes buscar la forma de descansar. Tu destino es ir con nuestra abuela Carmen Luisa y con los otros familiares muertos por parte de tu papá, que seguro te esperan con el amor de siempre".

"Quisiera que hablaras con mi mamá y le digas que estoy bien, que no se mortifique por mí, que me perdone. Dile que le quedan muchos más años por vivir y que no se atormente más por mí, porque eso le hace daño a su cabeza. Dile por favor a mis tías que nosotros estuvimos hablando y que siempre las quise. Dile a mi hija, que desde donde esté la cuidaré, que de vez en cuando la voy a visitar en nuestra casa, yo creo que ella sí me siente, que estudie y se porte bien, que haga caso, que la amo, y a mi otra hija, que ahora que estoy muerto me da pesar no haber estado más atento con ella, que también la cuidaré,

nunca la abandonaré, la quiero con toda mi alma, sé que su mamá la resguardará y protegerá. Dile a mis primos, por parte de mi mamá y de mi papá, que con ellos crecí, que los adoro, que se cuiden, les agradezco mucho lo que me enseñaron y los ratos hermosos que pasamos juntos. Dile a mi papá que no se sienta así, que su dolor sanará con el tiempo, él fue el único hombre a quien amé. Y dile a tu papá que le agradezco tanto los consejos que me dio, que me hizo un buen hombre y que entre los dos, en secreto, alcanzamos mi éxito como militar".

Busqué una libreta. Empecé con mis anotaciones para que no se me escapara ninguno de los detalles de lo que me decía: *"No te preocupes. Yo le digo a cada uno, pero antes debes escucharme con atención porque me preocupa que andes deambulando por ahí, como alma en pena. Creo que lo ideal es que vuelvas al cementerio donde te enterraron, esa es tu nueva casa".*

"¿Y por qué tú no me acompañas?". "*No sé si pueda hacerlo*", repliqué de una. "*Vamos, que sí puedes, yo te ayudo*". Era un viaje más entre los dos, quizá el último. "*¿Acaso no te diste cuenta de las tormentas eléctricas que hay entre Venezuela y México?, si un rayo llegara a romper mi hilo de plata también moriré, el dolor en la familia será doble y se acrecienta la tragedia*". "*Vamos primo, que eso no va a pasar, además podemos ir por otras rutas, yo las conozco*".

No lo pensé mucho. Le agarré sus manos. Eran de una luz que se fue poniendo incandescente. Cuando sentí la energía suficiente salimos volando por un balcón: atravesamos muy rápido montañas y mares. Víctor Alonso en el aire me veía y se reía, yo hacía lo mismo. A los pocos siete minutos estábamos en el cementerio.

Volando rasante por encima de los demás cuerpos muertos buscamos su tumba. Aterrizamos. Nos miramos a los ojos en silencio. Él, agradeciéndome el gesto de llevarlo

hasta allí, yo agradeciéndole a él por haber sido un eslabón importante en mi vida. Nos abrazamos. Me fijé que toda su luz se volvía cuerpo y todo su cuerpo era de luz. Ahí fue cuando lo invité a que pasara a la urna.

Se fue moviendo lento, hasta meterse de nuevo a su cuerpo que se descomponía. Le puse una flor en el pecho. Me paré firme. Le hice el saludo de soldado con las manos en la frente cuando un militar se despide. Me di media vuelta y salí volando a mi apartamento.

El regreso fue más rápido. A pesar de algunos rayos que aparecieron por el camino seguí sujeto al hilo de plata que había salido de mi ombligo, con mi cuerpo en reposo sobre una de las sillas de la mesa de comedor. Al abrir los ojos de súbito, respiré cinco veces hondo. Subí la cerveza y brindé con un trago en su honor, cuando miré su cerveza, la había dejado vacía.

Dayana viene hasta nosotros. Rodea a Lucero dándole unas vueltas. Nos reímos por el gesto porque hace como si la envolviera con sus piernas largas, con unas cabuyas imaginarias que no logramos precisar.

El frio se pone más intenso. La gente sale. Los patinadores ya esperan con poco ánimo a los otros usuarios para el último turno. Miro el reloj son las nueve y media exactas. Las pantorrillas me duelen, sin embargo, continúo.

Cuatro meses después, el trabajo en la fábrica se acabó. Tuve que caminar muchas calles del centro buscando algo para la temporada de diciembre, pero cada intento era un fracaso. Llegué a un restaurante que en la parte de afuera había colgado un cartel que decía: "*Se solicita ayudante de cocina y lavatrastos*". Me acerqué poniéndome a la orden. El dueño me dijo que me sentara para hablar y explicarme de qué se trataba el asunto. Él quería un empleado como mínimo por seis meses. Me hizo referencia a los papeles y mi legalidad en el país. Todo estaba en trámite.

Aquella conversación se tornó sincera. Le dije que mi interés por el trabajo era por unos cuantos días, máximo un mes, para mediados de enero tenía otros compromisos, pero ya me iba quedando sin un peso. El dueño del restaurante, indagó sobre lo que yo hacía en la ciudad. Le hice más énfasis en mi reciente trabajo en la fábrica. Me preguntó si tenía familia, cuántos eran, si todos éramos venezolanos, pero ya era suficiente el interrogatorio. Con lo que le había contado era suficiente. De esa conversación solo quedó un intercambio de números telefónicos. Cuando salí de allí, el dueño, dándome una palmada por la espalda me dijo "*sigue preguntando, algo te saldrá por ahí, ya verás*". En ese momento no quería frases solidarias, lo que quería era ganarme unos pesos.

Seguí por otros restaurantes. Me decían que si acaso

para finales de enero. Otros me dijeron que metiera la solicitud de empleo que ellos me llamaban luego. Dando vueltas por los negocios como si estuviera dentro de un laberinto, creí que algo podía fluir y no pasó nada. Entonces decidí sentarme en uno de los banquitos del Zócalo, a ver cómo pasaba el viento, cómo el sol se dejaba colar por las ramas y hojas de los árboles, fijándome con curiosidad en ese fino hilo que parece como si uno estuviera ante una revelación espiritual.

A la gente la miré pasar por más de una hora seguida. Ya eran más allá de las dos de tarde y el sol se movía hacia mí. Decidí cambiarme de banquito, donde hubiera una sombra. Me senté al lado de un muchacho, que estaba como matando el tiempo igual que yo.

Me saludó amablemente, me preguntó de dónde era, cuando le dije de Venezuela me habló inmediatamente del Salto Ángel, del petróleo, del Comandante Supremo y del presidente, del presidente simbólico, de las mises, de Simón Bolívar, de la devaluación de la moneda, del hambre, del problema con la inseguridad, del deterioro del sistema de salud pública y remató, aquel primer acercamiento, con un acto de emoción describiendo en cómo se imaginaba las playas que tanto le gustaría conocer. He tenido que aprender, cada vez que conozco a alguien, a dejarlo hablar hasta que ya no pueda más, pero este caso era distinto.

Me preguntó dónde había nacido y le conté de Barquisimeto. Entonces le hablé de la ciudad, de la hermosura de las mujeres, de los crepúsculos, del obelisco, de la Urbanización Sucre, de la Universidad Centroocidental Lisandro Alvarado y de mi rol como profesor de semiótica visual, de lo mucho que extrañaba a mi familia; le conté con precisión acerca de mi papá y hasta de mi recién nacido sobrino nieto, el nombre de algunas calles, unas

anécdotas de un juego de basquetbol profesional en el Domo, el paso de la brisa en diciembre que movía la mata de mamón por el estacionamiento de la Sucre, del pájaro Cardenal y su simbolismo en la región, de cómo la avenida Ribereña conecta con Río Claro y si seguía de largo llegabas a Cabudare, de la vía a Rio Claro y el terreno que tenía por Bello Monte donde había empezado a construir una casa con adobes... Cada vez que le hablaba, aprovechaba de proyectarme como si estuviera caminando con él por Barquisimeto.

El muchacho se llamaba Smith. Me di cuenta de inmediato que tenía asperger u otro síndrome que no precisaba, pero su inteligencia era brutal, una memoria demasiado poderosa. Smith me preguntó qué andaba haciendo y le hablé de mi fracasado intento de conseguir trabajo. Entonces él me cambió la señal, cosa que aún no sé si para bien o para mal, pero empezamos hablar de economía, política internacional y terminamos con la crisis que atravesaba el planeta. Luego pasamos a los idiomas. Hablaba perfectamente el inglés, francés, portugués, italiano, alemán. Me decía oraciones cortas, le gustaba ver el mundo desde otra mirada, la del lenguaje.

Al terminar sus discursos le pregunté qué hacía él ahí, me dijo que andaba vendiendo empanadas de piña. En eso, sacó una bandeja que tenía debajo del banquito. Me pasó una empanada e hizo énfasis en que me la brindaba, cogió otra para él. Mientras masticaba, me miraba haciendo señas, con la boca y las manos, de que estaban buenísimas. Al terminarla le hice saber lo sabrosas que estaban. Le di las gracias. Me comentó, que, si quería, íbamos por unos taquitos, "*yo te los invito*" recalcó. Lo tacos no se los acepté porque él, al igual que yo, estaba corto de dinero.

De pronto, Smith sacó de su bolsillo una libretita

telefónica repleta de números. Preguntó el mío. Lo fue anotando con una caligrafía muy pequeña, me di cuenta de que yo era uno más del montón. Al despedirnos insistió en que me llamaría si sabía de algún trabajo para mí. Le respondí que esperaba la llamada fuera lo que fuera. Caminé hasta el cajero para sacar los últimos dos mil pesos en la vida. Todo iba directo al alquiler. Después que el cajero me los escupió, regresé meditabundo al apartamento. Entonces mi hija, mi esposa, mi hijastro y yo nos pusimos a cazar una película navideña. Así pasamos dos días seguidos.

Al tercer día, como a las siete de la mañana, recibí un mensaje del dueño del restaurante con quien había hablado. Me preguntó si estaba dispuesto ayudarlo por unos días. Le dije sin pensarlo que sí. "*Entonces vente, acá yo te pago los pasajes*". Lo que él no sabía era que vivía como a siete cuadras del restaurante. Una hora después fui a ver de qué se trataba.

El dueño del restaurante me explicó cómo era el procedimiento de lavar los platos. Mientras me iba enseñando, dio la orden de que moviera una bandeja de un lado para otro, en menos de dos minutos de estar allí se me partió una taza sopera. La bandeja tenía un hueco por debajo. Seguimos como si no hubiera pasado nada. Los trabajadores entraban y salían de prisa con algo que venían a buscar a la cocina. El sitio donde iban poniendo los platos sucios se me hacía como la piedra de Sísifo. Los buscaba, los lavaba, se los llevaban y los volvían a traer sucios. Como eran los días de fin de año del 2018 había mucha gente comprando y comiendo por el centro. Volaban las propinas para los mesoneros, que no soltaban ni un peso para nosotros, los del trabajo sucio.

Cerca de mí o yo de ella, había una chica chaparrita

como de diecinueve años que se movía muy rápido. También lavaba platos en el otro fregadero, llevaba ollas, traía ollas, se metía de cabeza en las ollas grandes para lavarlas, entraba al refrigerador, les pasaba hortalizas a las cocineras, volvía, lavaba platos, la llamaban a cada rato para que solucionara lo que se presentaba, pelaba frutas, hacia jugos, picaba verduras. Durante esa mañana nunca le vi cara de satisfacción.

El problema de no ser experto en lavar trastes es que si no los dejas perfectos te los devuelven de mala gana. Me pasó con una señora mesonera que tiene diez años trabajando allí, aparte de que al principio se muestra como una mansa paloma, empezó a reclamarme porque según ella había un vaso que olía a choclillo. Lo peor es que no tenía ni un par de horas trabajando y me trataba como si hubiera cometido el mismo error desde hace veinte años.

A los días, me empezaba a comunicar con los otros trabajadores, sobre todo cuando me llegaban con la típica pregunta relativa a 'de dónde venía'. Y entonces, Venezuela era el motivo de largas opiniones de varios del personal de la cocina mientras hacíamos los quehaceres. Así empecé a conversar con Belinda, la cocinera mística que me daba comida para picar, mientras llegaba la hora del almuerzo.
A las dos de la tarde llegaba don Tobías. Un trabajador que entraba por el pasillo con una fuerza descomunal, como si se hubiera metido toda la cocaína de Puebla. Era la primera impresión que daba, además de que su cara lo delataba. Saludaba automáticamente, empezaba a mover las ollas, llevar platos, secar el piso, resolver favores. Don Tobías era un tipo alto, cuadrado, con fuerza, llevaba una gorra y la cara demacrada. Se me hacía como esos tipos que cuidan carros en la calle. Al principio yo no hablaba nada y él tampoco. Pasamos cuatro días sin decir palabra

alguna, hasta que vino Carolina, la encargada de la barra del café, con una bebida caliente. Nos secamos las manos y empezamos a tomarnos el café juntos, cuando de pronto, don Tobías, me preguntó qué hacía allí. Le di el mismo discurso frío y coherente que les dije a los demás. Pero don Tobías, de una vez agarró el lado político. Comenzó a hacer comparaciones con el actual presidente de México. Luego disertó sobre Colombia, la guerra en el Medio Oriente, Bolivia y la coca, el eje que había hecho el Comandante Supremo con la izquierda latinoamericana. Después repasó la CELAC, el ALBA, el TLC, razonaba sobre la presencia de los gringos en los países que no eran aliados de la izquierda desde la primera década del 2000. Cuando me di cuenta, estaba en una clase de política internacional, hasta que empezaron a llegar más ollas y platos.

Aquel tipo de aspecto rudo, con esa energía endemoniada no era el que creí, en realidad era un filósofo de la calle, que se hacía preguntas y respondía mientras se dejaba colar entre las cristalerías y la política. Cuando se quedó callado, le pregunté quién era él. De una vez me dijo que lo habían deportado de Estados Unidos, donde había vivido veinte años seguidos, de los cuales tres veces había estado preso. La primera porque lo agarraron robando un carro. La segunda por posesión de drogas y la tercera por evasión de impuestos, que fue la última y definitiva vez, hasta que lo deportaron.

Desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde era mi trabajo. Con don Tobías fueron veintes días sucesivos de compartir ideas en el fregadero, hasta que no necesitaron más de mis servicios. El último día, cuando salí caminando del restaurante pensé que cuando tuviera un trabajo estable y ganara lo suficiente, vendría con mi familia a comer, con la sola excusa de llamar a don Tobías

para darle la propina que se merecía.

Lucero da un giro y continúa hacía adelante. "*Mira como la niña ha avanzado de rápido*", le digo a Dayana mientras viene secando unas lágrimas. "*¿Qué te pasa*?". "*Es que ando como sensible con esto de la Navidad*". La abrazo rápido, porque el coordinador de la pista tiene ojos por todos lados. "*Tranquila, que cuando lleguemos a la casa, intentamos llamar a ver si aparece tu mamá*".

Verónica va de un lado a otro matando los diez minutos restantes para que sean las diez. Raúl está detenido a un lado de la puertica. El coordinador va diciendo a cada uno lo que tienen que hacer para mañana. Dayana viene hasta mí, que estoy parado en la mitad de la pista, contando a las siete personas que tienen en su cara una sonrisa.

Diez días antes de que se acabaran mis seis meses del permiso de turista, le escribieron a mi esposa de migración. Ella introdujo una carta cuando llegó a México pidiendo exoneración para poner los papeles de su residencia en regla. Por eso tardaron tanto en darle respuesta. El correo decía que debía pagar un dinero para seguir y cerrar el trámite, tanto el de ella como el de la niña. Inmediatamente llamamos a una amiga para que nos prestara los miles pesos que necesitábamos.

Al otro día mi esposa e hija viajaron a Ciudad de México a las oficinas de migración. Aprovechando el viaje le dije que preguntara por mi caso. Me envió un mensaje donde me indicaba que podía meter los papeles incompletos y demostrar que mi hija estaba en ese trámite, pero eso sí, que no dejara pasar el lapso de tiempo del permiso porque todo se complicaría.

Al otro día metí los papeles incompletos en la migración de Puebla. Justifiqué que mi hija estaba en el trámite. Cuando volvieron luego de tres días de burocracias, llegaron con sus residencias permanentes. Nos abrazamos. Estábamos felices. Parecía que los planetas se habían alineado para que yo pudiera tener el permiso en la última raya del tiempo establecido. Sin pensarlo dos veces, volví a

migración con el original y la copia del carnet de residencia permanente de mi hija, a comprobar que lo que había dicho era cierto, y anexaran ese documento en mi expediente. Me dijeron que de quince a veinte días hábiles me tenían respuesta.

Una semana después, los oficiales de migración, fueron a la casa a corroborar si efectivamente vivía allí, pero justo ese día había ido a Ciudad de México a llevar a mi hijastro con su papá. La casera los atendió. Ellos quedaron en que volverían a pasar, pero no se sabía cuándo. Esa visita nos generó una tensión, porque en el breve diálogo que tuvieron con la casera, ella dijo que seguro estaba trabajando, y para ellos, la palabra trabajo era una bomba de tiempo.

Al otro día fui a dar la cara, porque no estuve en la casa y seguía a la orden por cualquier visita. Las muchachas del servicio social le preguntaron a su jefe qué se podía hacer en mi caso. Vinieron con la respuesta que no quedaba de otra sino esperar el informe de la resolución. Eso me generó una mezcla de angustia, con impotencia y una duda constante en los próximos días.

A los nueve días me llamaron por la tarde. Me agarró de sorpresa mientras daba en un instituto una clase sobre crónica latinoamericana. Me dijo la funcionaria que para el otro día tenía programada una cita para comparecer, que por favor llevara a dos testigos. Me esperaban entre las diez de la mañana y la una de la tarde.

Cuando llegué a la casa le comenté a mi esposa que me habían llamado de migración, debía llevar un par de testigos. Empecé a escribirles a mis nuevos amigos mexicanos, varios no podían, pero encontré a los dos necesarios. Quedamos en vernos a las once de la mañana del otro día, para cuadrar algunas respuestas de posibles

preguntas por si les llegaban hacer un interrogatorio exhaustivo sobre mí. Nos vimos a las once en el bulevar del Paseo Bravo. Les hice un recuento de mi vida desde que había llegado. Ellos ya conocían bien mi historia y a mi familia. Les hice hincapié que por favor borraran de su mente la palabra trabajo. Luego nos fuimos a migración.

Entrar a migración siempre me ha dado una tensión entre el corazón y las piernas, las manos inmediatamente me sudan. La señora vigilante ya me reconoce. Nos saludamos con respeto. Ella me orienta hacia donde tengo que ir, pero esta vez le dije que me habían citado a la ventanilla 1. Escribió mi nombre en un papel y se lo dejó a la funcionaria. Mientras mis amigos testigos se entretenían con su celular, yo por dentro estaba que explotaba, era el paso final, o en el peor de los casos que me expulsaran de nuevo del país.

Después de cuarenta minutos esperando, la funcionaria dijo mi nombre. Me pidió que por favor llevara los documentos de identificación de mis testigos. Me invitó a sentarme en su escritorio y empezó la entrevista. Todas las preguntas estaban dirigidas a mi pasado inmediato, y sobre por qué opté por tener la residencia permanente.

Empecé contándole desde que mi esposa se vino con mi hija. La funcionaria iba atando cabos con preguntas. Cuándo se vino mi esposa. Por qué ellas se vinieron antes y yo no, dónde la conocí, desde cuándo estamos juntos, quién era mi hijastro, si todos éramos de Venezuela, cómo mi hijastro había tenido la residencia permanente, quién era el papá de mi hijastro, quién era la nueva esposa del papá de mi hijastro, dónde vivían, cómo se llamaba su nuevo hermanito, de qué vivían ellos, de qué vivíamos nosotros, cuándo había nacido mi hija, en dónde nací yo, qué estudiaba mi hija, qué estudiaba mi hijastro, cuál fue

el día que llegué, porqué llegué por Ciudad de México, si me quedé días allá o me vine de una vez a Puebla, cómo conseguí la casa donde vivo, qué profesión tengo, nivel de estudio.

De pronto, giró el uso de los verbos en pasado y ahora los configuró en futuro. Indagó sobre lo que iba hacer luego de obtener el permiso. Le dije que quería estudiar. También me postularía para dar clases en alguna universidad. Quería potenciar la revista de semiótica, y por los momentos, eran mis planes a corto plazo.

La funcionaria al escuchar toda aquella historia se impresionaba por la capacidad de respuesta, aunque uno con esos funcionarios no sabe si lo está haciendo bien o están esperando una equivocación para hundirlo, sobre todo, por el enredo de parejas, que había entre nosotros, y la capacidad moderna de llevar a cabo nuestras relaciones, fue la conclusión de la funcionaria. Luego me hizo firmar unos papeles y también a mis testigos. Me indicó que en quince días hábiles me enviarían un correo, para el siguiente procedimiento. Salimos de migración. Sentí como si se me hubieran quitado treinta kilos de peso. A los doce días me llegó el mail, en cual decía, que pasara por la oficina de migración, habían aprobado mi residencia permanente.

Lo último que debía hacer era, tomarme unas fotografías y depositar otros miles de pesos para que me dieran mi identificación mexicana. Así que, llamé y le pedí prestado el dinero a uno de los amigos que me había servido de testigo. Me dijo que pasara al otro día en la mañana por su apartamento. Me dio el dinero. Mientras caminaba a migración, con los últimos requisitos en la mano, iba feliz, sacando las cuentas de todo el dinero que debía.

"*Vamos a dar la última vuelta, papá*". "*Vamos mi amor*". Le agarro la mano. Dayana llega y se adapta a nuestro ritmo. Sostiene la mano derecha de Lucero y yo la izquierda. Vamos a velocidad de crucero. Haciendo comentarios sobre cómo se debe patinar mejor, para cuando volvamos.

Llegamos a la puertica. Salimos a quitarnos los patines. Teníamos los pies duros y fríos. Mi esposa buscó nuestros zapatos. Quedamos con esa extraña sensación de cuando uno aprende a caminar. Los trabajadores de la pista felicitaban a la niña porque lo había hecho muy bien, y a mí porque me había metido.

Nos despedimos con la promesa de que mañana nos volveríamos a ver. Sobre todo, a mi esposa, porque le tocaba trabajar y a la niña porque no iba dejar pasar la oportunidad. Yo por un buen rato no tenía intenciones de patinar más. Le pregunté al coordinador cuándo iban a desmantelar la pista. Me respondió que en veinte días. No dejé pasar el momento para decirle que contara conmigo para cuando la fuera a desarmar. Él me dijo que sí, que iba a estar pendiente, cualquier cosa le avisaba a mi esposa. Nos fuimos caminando y compramos un chocolate caliente para los tres. Era tarde en Venezuela, pero mi esposa iba a insistir en llamar a su familia, no sabía nada de ellos sobre cómo habían recibido la Navidad.

Pasaron los sucesivos días. Yo iba, dejaba la niña entre las siete y las ocho de la noche y como a las diez iba por ellas. Así fue esa rutina durante las siguientes dos semanas. Las noches pasaban con mucho frío. Además, que se notaba en los pezones de las chicas de vestidos tropicales mientras bailaban sobre la tarima con una banda show que tocaba todas las noches para alegrar al público.

Esos días me sirvieron para caminar por el centro, a veces con mi hija, otras veces solo. Me di la oportunidad de perderme y volverme a encontrar, tanto en las calles como en mí mismo. Una sensación que me generó cierto vértigo, como si una fuerza ajena me entrara por la barriga. Empezaba a buscar en un sitio que no era mío, y que nunca lo sería, una calle que se pareciera a los sitios de mi país.

Ya cuando mi esposa dejó de trabajar, un día llegó con la niña de la escuela. Al rato mi hijastro del colegio. Yo cocinaba el almuerzo. De pronto, sonó su celular. Era el coordinador de la pista para decirle que fuera ayudarlo a desmontar la pista. Su equipo de trabajo ya había empezado la faena, pero necesitaban más manos.

Inmediatamente hablé con él. Le pregunté lo de la paga, no era mucha, pero con algo que produjera cualquier saldo a favor era bueno. En vez de quedarme leyendo a Foucault para un seminario que empezaba en cuatro días, le dije que sí, que iba después de que almorzara. Cuando llegué a mi primer trabajo en Puebla, me pasaron un trapo, me dijeron que limpiara las armazones de hierro que sirvieron de barandas donde la gente se apoyaba para no caerse. Que le quitara la mugre y ayudara a embalarlos. Moví. Recogí. Limpié. Resultaba un trabajo relativamente fácil, además que veía en los amigos mexicanos una oportunidad para conocer más de su cultura y sus relaciones humanas.

Esa tarde y noche fueron relajadas. Le hacíamos caso al Muchacho Cerbatana quien parecía el líder mientras no estaba el coordinador. Todo era relajado mientras el Muchacho Cerbatana estuviera fumando mariguana y echado en los bancos. Llegué a pensar que era el jefe perfecto, sobre todo cuando a uno le pagan por horas además de ser una miseria. Comimos, tomamos café, reímos. Yo no fumaba mariguana, ni hablaba mucho, solamente observaba. Me gustaba ver cómo se echaban mierda entre ellos. Vi un juego de sentidos interesante, donde eran como perros con mal de rabia, con una risita de reconciliación que terminaba con la palabra chingada.

Conmigo éramos cinco los que estábamos en una rueda, burlándonos del coordinador y del sistema. Casi a las nueve de la noche llegó el coordinador. Nos habló desde

su inexperiencia, casi que nos decía en la cara, que él se quedaba con el dinero y no le importaba; además de las trabas para pagar que ponía el dueño de la pista. Se entretuvo un rato haciendo comentarios vacíos, pero también nos puso tareas. A mí me dio la más perra. Se trataba de zafar las mangueras de unos separadores que le daban la forma curva a la pista. Por lo mínimo tenía cincuenta rollos de cien metros la más larga, a veces venían dobles, hasta cuádruples, además, se estaban descongelando.

Cuando arranqué la primera manguera me di cuenta de que ese trabajo iba más allá de una explotación laboral, se me bajó el ánimo, me sentí como un perro que olisquea por los rincones. Algunos de los compañeros todavía muy fumados, no hacían nada, me veían en la distancia con compasión. Al rato de estar lidiando con los separadores y las mangueras, llegó el Tío. Para mí siempre fue él quien tenía que ser el responsable y líder de la obra. Me dijo que me ayudaba con las mangueras y nos pusimos a zafarlas. Me alegré como si hubiera encontrado levitando sobre la pista la mismísima Virgen de Guadalupe. Aflojamos unas cuantas. Para el momento ya eran las diez y media, mi salida era a las once de la noche.

Duramos ese tiempo sacándolas, viendo cuál técnica nos resultaba mejor, sobre todo, buscando la forma de no dejar la espalda pegada de tanto subir y bajar aquel monstruo culebrero que no tenía principio ni fin. Llegaron las once. Cuando me iba, vi al Muchacho Cerbatana, que siempre estuvo arrebatado, durmiendo sobre una mesa como si nada pasara.

Al otro día, retorné a darle a las benditas mangueras. En la tarde, cuando me tocaban los treinta minutos para almorzar, me fui a la casa. Al regresar el Muchacho Cerbatana me increpó diciéndome que desde hacía más

de un mes que él estaba allí y nunca se le había perdido nada, que justo cuando me fui almorzar se le desapareció su cangurera, con la mariguana adentro y un celular. Me provocó meterle dos golpes directos a la cara. El tipo siguió su pataleta como si yo se lo hubiera robado. Le dije que no era ladrón, que si me llegara a meter en problemas por robo tendría que ser un asalto a un banco, o algo que me dejara mucho billete, que valiera la pena para toda la vida, pero por un pedazo de mariguana y un celular, prefería dignamente ganarme los diez pesos que me pagaban por hora.

El tipo gritaba y pataleaba que no era posible que se le hubiera perdido la cangurera, que ahora no sabía cómo iba a dormir, ni qué iba hacer. A mí en realidad no me importaba su vicio, ni su flojera, lo que me dio rabia era que justo cuando yo me fui, alguien se lo llevó, y entonces el venezolano era el único sospechoso. Ese episodio y la mala vibra del fumón fue como si hubiera caído un hechizo entre nosotros. La empatía se cortó, la gracia se centrifugó, los chistes desaparecieron, el ambiente se puso pesado, el ladrón estaba cerca, o quizá, él mismo, de pegado la había dejado en otro lugar.

Poco a poco se me fue pasando el trago amargo y hasta la noche seguí despegando las benditas mangueras. Se acercaban las once de la noche. Escuchaba a los trabajadores planeando, una y otra vez, las ideas de cómo resolver las tareas de mañana. Al despedirme, el Tío me dijo que si mañana llegaba a las nueve me iría más temprano. Le dije que sí, que era mejor empezar temprano porque se veía duro lo que venía. Así fue y pasó el otro día, en el que también nos tocó desmantelar quince casitas de madera, que había puesto el Gobierno para las ventas de comida y otros suvenires.

Ya le había advertido al coordinador, que el viernes, no podría ir en la mañana a desmantelar la pista porque tenía el compromiso de un seminario de semiótica sobre Foucault. Podía enganchar en la tarde. Él me dijo que no había ningún problema, pero que me pagaba solo mediodía. Acepté.

Llegué al seminario con las manos rotas e hinchadas. Con la izquierda agarré el lápiz para tomar mis apuntes. Mi impresión al llegar fue como la de mis primeras clases en la Universidad. Todos sentados escuchando con atención al profesor, aquella eminencia que le salía humo por las orejas. Estaba muy atento de lo que iba diciendo, sobre todo cuando tocaba el tema del poder.

Mientras hablaba sobre Foucault, escribía unas frases en el pizarrón que le daban más fuerza a lo que iba diciendo: "*El poder, lejos de estorbar al saber, lo produce*". Proponía las máximas como una idea continua y discontinua. A Foucault como la posibilidad de repensar las cosas, de autocriticarse y reformular. Más abajo escribió: "*El humanismo es todo aquello a través de lo cual se ha obstruido el deseo de poder en Occidente —prohibido querer el poder, excluida la posibilidad de tomarlo—.*" Nos hablaba de un Foucault antropólogo, el Foucault de la educación, la vigilancia y la luz, mientras tanto iba haciendo mis anotaciones.

Durante la clase Foucault se convirtió en un símbolo del saber. Las profesoras, muchas cabezas blancas escuchaban con atención. Una de las profesoras veteranas levantó la mano y le dio un nuevo orden al discurso. El profesor nos movía la mente como si ahora estuviéramos con Foucault analizando una pintura. Metidos en una cárcel. Luego pasamos al psiquiátrico. Hasta que terminó la clase.

Volví a la casa a las tres y treinta de la tarde. Me sentí

confundido. El desmontaje de la pista me esperaba, pero tanta filosofía, semiótica y discurso, me dio un bajón y de mal humor le dije a mi mujer: "*la vida es una perra con mal de rabia que da vueltas sobre su propio eje*". Ella me miró, me dijo que me calmara, que había cosas peores.

Le pedí prestado su teléfono y llamé al coordinador de la pista para avisarle que llegaría en una hora, luego de que comiera. Él me dijo que era mejor que no fuera más, que le habían llegado refuerzos desde Ciudad de México. No necesitaba de mi servicio. Le pregunté de mi pago, y con desinterés me dijo que pasara a la mañana siguiente. Ya no había mucho que hacer, me recosté en el mueble, traté de dormir, pero no pude.

A los tres días volví al Parque del Carmen, para saber cómo iba la obra. Me sorprendí al no ver nada. Me senté en un banquito a mirar ese punto invisible que dejó la pista. El hielo se convirtió en un chorro de agua de la fuente, que subía dos metros y al bajar, un par de pájaros remojaban sus alas.

El cuidado editorial de la presente versión digital de
"***Una pista en el exilio***" de la colección
"*Canasta de Escritoras y Escritores Poblanos*"
estuvo a cargo del
Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla

Ejemplar gratuito y de libre distribución

Puebla
Contigo y con rumbo
Gobierno Municipal

IMACP
Instituto Municipal de Arte
y Cultura de Puebla

Luis Manuel Pimentel Villalobos, Magister en Literatura Iberoamericana (2012) y Licenciado en Letras (2004) por la Universidad de Los Andes, Venezuela. Inscrito en el Doctorado de Estudios Literarios por la Universidad A Coruña (España). Investigador de la Red Internacional LAGHCIB, Laboratorio Historia Global y Ciberespacio. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires – CONICET (2021). Actualmente es Editor en Jefe del portal: *elsignoinvisible.com*, Curador Master de *ablucionistas.com*. Coordinador editorial de la Revista *Filigrama* de *sabersinfin.com*. Colabora en varios proyectos culturales sobre literatura en México. Radica en la ciudad de Puebla, México.

Canasta de Escritoras y Escritores Poblanos es una colección que promueve el talento local ofreciendo una variedad de temas que ponderan la formación de nuevos lectores. Dichas obras fueron seleccionadas a través de una convocatoria dentro del municipio, son de distribución gratuita y poseen una calidad literaria que además difunde el arte y la cultura de la ciudad.

Canasta de Escritoras y Escritores Poblanos